EL ANZUELO,

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN VERSO,

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO.

Representada por primera vez con extraordinario éxito en el Teatro de APOLO el dia 24 de Abril de 1874.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1874.

ACTO PRIMERO.

Un salon elegantísimo. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

D. CAYETANO, D. LEONCIO.

D. Leoncio entra por la puerta del foro con varias cartas abiertas. D. Cayetano estará sentado á un lado.

CAYET. ¿Corren?
LEONCIO. Sí; el de Aragon
nos ha faltado otra vez.
CAYET. Esto es una perdicion.
LEONCIO. Llegó el vino de Jerez;
aquí mandan el talon.
Pide sobre su cosecha
dinero...
CAYET. ¿Quién?
LEONCIO. Don Juan Muros.
CAYET. Hombre de bien; cosa hecha.
Ofrézcale usted mil duros
á noventa dias fecha.
LEONCIO. Si quiere usted descontar
unas letras sobre Amberes,
y cuánto va usté á llevar.
CAYET. Cuánto se puede ganar?

LEONCIO. En esto hay sus pareceres.
Unos llevan más dinero
que otros; al cuatro es bastante,
y aun al cinco...
CAYET. Yo no quiero
abusar; soy comerciante
pero no soy usurero.
LEONCIO. De Puerto-Rico; el café
temo que venga deshecho
y que no lo venda usté.
CAYET. Bueno; me lo beberé.
LEONCIO. Que le haga á usté buen provecho.
CAYET. Hay más?
LEONCIO. No.
CAYET. Pues doy de mano,
que he perdido ya dos horas;
pero en fin, aún es temprano.
¿No han venido las señoras?
LEONCIO. No, señor don Cayetano.
CAYET. Salieron á pie ó en coche?
LEONCIO. En coche.
CAYET. Es mucha aficion!
bueno, tomaré un simon.
LEONCIO. Hasta que apunte la noche
no vendrán.
CAYET. Lindo plantón!
Yo la berlina compré
para activar mis negocios
y andar más...
LEONCIO. [redacted]
CAYET. Y ellas la usan... para qué?
para divertir sus ocios!
LEONCIO. ¡Ay! Cuándo me veré yo
en berlina ó en landó
sin pensar en la oficina?
CAYET. Pues mire usted, á mí no
me gusta estar en berlina.
Y el coche y estos salones
y las mil ostentaciones
de mi mujer, son manías
ridículas; pretensiones,
y en resúmen, tonterías.

LEONCIO. Pero usted tiene dinero
para gastar.
CAYET. Pues prefiero
no dar que hablar en la villa.
LEONCIO. Bah!
CAYET. Si yo no soy banquero
ni título de Castilla!
Poco á poco, y trabajando
como un negro, bien ó mal,
siempre vendiendo y comprando,
fuí mi capital juntando...
LEONCIO. (Y que es flojo el capital!).
CAYET. Yo comercio en todo, y lucho
con los tiempos...
LEONCIO. Usté es ducho...
CAYET. Arriesgo algo, y no me apoco,
y así, andando poco á poco
he llegado á juntar mucho.
Puedo vivir con holgura
sin derrochar mi caudal;
pero mi mujer me apuro
porque á ella se le figura
que así se vive muy mal.
Si á mí me han visto las gentes
vendiendo en un mostrador,
¿qué dirán los maldicientes
de mis pujos insolentes
de banquero y gran señor?
Mi origen es muy oscuro,
don Leoncio; yo he servido
y he comido pan muy duro!
LEONCIO. Pues mire usté, yo he tenido
muchísimo peso duro!
CAYET. Ya lo sé.
LEONCIO. Y es trance fuerte
descender...
CAYET. Pues no me asombra,
que á veces todo se invierte.
Yo he tenido buena suerte.
LEONCIO. Yo tengo muy mala sombra!
CAYET. Yo he dado un salto mortal.
LEONCIO. Pues yo he dado un estallido

horrible, fenomenal!

CAYET. Yo hé sido muy precavido.

LEONCIO. Yo he sido muy animal.

CAYET. Así he llegado á ser algo,
y así he podido dar cima...

LEONCIO. Yo nunca adelanto salgo,
y así estoy yo que no valgo
más que lo que llevo encima.

CAYET. Usté es honrado.

LEONCIO. Eso sí!

CAYET. Por eso sólo ante mí
su franca honradez le abona.

LEONCIO. Usté es la única persona
que me ha comprendido así.

CAYET. Valor, hombre!

LEONCIO. Es tan maldito
mi sino, que yo no admito
que haya dos más infelices.
¡Ay! si llovieran perdices
perdería el apetito!
Mi mujer, que por ser mía
no tiene momento bueno,
me auguraba el otro dia
que si yo fuera sereno
jamás anochecería.
Donde yo entro ha de haber cien
disgustos...

CAYET. Aquí tambien?

LEONCIO. No sirvo más que de estorbo;
yo soy el cólera morbo
vestido de hombre de bien!
No extrañe usted que aburrido
recorriendo lo perdido
viva siempre triste...

CAYET. ¡Bah!

LEONCIO. Hoy me veo reducido
al sueldo que usted me da

CAYET. Vino el médico?

LEONCIO. No sé.
¿Hay alguien enfermo?

CAYET. No.
Pero á buscarle mandé

porque la niña pasó
mala noche ayer.

LEONCIO. Ya sé.

CAYET. Y todo me alarma...

LEONCIO. Es claro.

CAYET. Desde el disgusto inaudito
que le dí...

LEONCIO. Fué caso raro!

CAYET. Tan caro novio!

LEONCIO. Tan caro.

CAYET. Maldito lance...

LEONCIO. Maldito.
Cuando entra el amor tan fuerte...

CAYET. Yo la quise prohibir
que á él quisiera unir su suerte...

LEONCIO. Sí; ya he oido decir
que estuvo casi á la muerte.

CAYET. ¿Cree usted que es egoismo
mi rigor? yo intentó un medio
de apartarla de un abismo...

LEONCIO. Á cierta edad no hay remedio;
todos hicimos lo mismo

CAYET. ¡Es tan niña! Y á su edad
es tan difícil tener
prudencia y formalidad...
pero vaya usté á vencer
la inclinacion!

LEONCIO. Es verdad.

CAYET. Ay! no me faltan motivos
de disgustos y cuidados.
Reciba usted los recados:
voy á ver si hago efectivos
unos pagos atrasados.

ESCENA II.

D. LEONCIO.

Siempre trabajando, y siempre
aumentando el capital...
y yo siempre trabajando
y cada vez más Adan!

ESCENA III.

D. LEONCIO, DOÑA PACA, MARÍA.

MARÍA. Dejaremos esto aquí,
y cuando venga papá
veremos qué le parece
de las compras.
PACA. Es verdad.
Él, aunque no tiene gusto
el género apreciará,
y á lo ménos será voto
en cuanto á la calidad.
Qué hace usted ahí? (Á D. LEONCIO.)
LEONCIO. Yo? nada.
Tengo encargo de avisar
á ustedes que viene pronto
don Cayetano.
PACA. Ah! no está?
LEONCIO. Ha ido allí cerca; pronto viene.
PACA. Se puede usted retirar.
LEONCIO. (Pensar que á un hombre que ha sido
tan rico y tan principal
le manden como á un criado!
¡Ay mundo! ¡Qué vueltas das!)

ESCENA IV.

DOÑA PACA, MARÍA.

MARÍA. Voy á mudarme de traje?
PACA. Naturalmente.
MARÍA. Vendrán
á buscarnos los vecinos,
despues de comer, verdad?
PACA. Eso es mañana.
MARÍA. Ah, sí, justo.
Hoy nos toca el turno; ya
no me acordaba.
PACA. ¿Pues cómo
se te ha podido olvidar

el teatro, cuando en él
á tu novio encontrarás?

MARIA. No señora, hoy no nos vemos.

PACA. No?

MARIA. Me ha escrito que no va;
tiene que ir á recibir
á su tio el general,
que viene con la duquesa
su mujer.

PACA. (Muy satisfecha.) ¡Ah!

MARIA. Pero... hay más.
Como usté ayer le ha ofrecido
la casa, hoy mismo vendrá
á visitarnos...

PACA. Me alegro.

MARIA. Qué buena es usted!

PACA Verdad?
Le quieres mucho?

MARIA. Le quiero
porque fué la voluntad
de usted que á ese hombre quisiera,
y como él me amaba...

PACA. Ya.

MARIA. Empecé á quererle...

PACA. Es claro!
y todo quiere empezar.
Te conviene mucho el novio...
(y á mí me conviene más).

MARIA. Me pongo el vestido *malva*?

PACA. Quiero que des golpe.

MARIA. Bah!

PACA. Es estreno, y los periódicos
mañana referirán
quién había en el teatro:
y si nos han de nombrar,
quiero que nuestro apellido
no se olvide.

MARIA. Y qué más da?

PACA. Pues qué, ¿seremos nosotras
ménos que las de Portal,
y las de Alzon, y otras muchas
que no nos quieren hablar?

¡Da rabia ver ciertas cosas!

MARIA. Y por qué toma usté á mal
que se hable de las personas
que brillan en sociedad?
Adonde vamos nosotras...

PACA. Tienes razon; es verdad:
el teatro y el paseo,
y pare usted de contar.
Si fuéramos á los bailes...
al gran mundo, donde van
las personas distinguidas
y la gente principal...
Si diéramos tés los martes
como otras familias dan...
pero á tu padre le ha dado
por aislarse!

MARIA. Me es igual!

PACA. Tu padre con ser muy rico,
ha sido, y es, y será
mientras viva y sin remedio,
ordinario y montaráx.
Y gracias á que yo pude
con mi insistencia lograr
que te educaras en Francia
y volvieras por acá
trasformada, distinguida,
como cumple á tu beldad;
que lo que es por él serias
una muchacha vulgar,
educada, como él dice,
á la antigua!

MARIA. Y en verdad,
yo no ambiciono más dicha
que ver contento á papá.
Es tan bueno!

PACA. Y quién te dice
que no lo sea? No habrá
dos hombres como él, de fijo,
en toda la capital.
Pero qué *curas*!

MARIA. Eso...

PACA. Es cosa

de no poderlo aguantar!
Yo que soy toda poesía,
yo que adoro el ideal,
el *confort*, el *chic*, el trato
de la buena sociedad,
casada con un sujeto
que vive de comerciar,
y se duerme oyendo el *Fausto*,
y no le gusta el *foi gras*,
y se atraca de garbanzos
y nunca se ha puesto frac,
y ronca, y va en el tranvía!
no me puedo conformar.

MARIA. Usted tiene otro carácter.

PACA. Claro! Para qué querrá
mi marido su dinero?
no hace más que ahorrar, ahorrar...

MARIA. Pero vivimos con lujo!

PACA. Pero hace las cosas mal;
cualquiera con ménos que él
puede que luciera más.
Nada, Mariquita, cásate
con don Luis, pues le amas ya
y es persona distinguida
y que se sabe gastar
su dinero con buen gusto,
y tú le lo encontrarás.
Viviremos todos juntos,
tu esposo reformará
las costumbres de esta casa,
y las cosas marcharán.

MARIA. Yo no le quiero por rico
ni por afan de medrar,
que á mí aunque fuese un cualquiera
mi novio, le amára igual.
Pero si papá se opone
como la otra vez, qué hará?

PACA. Te iría á dar un disgusto
como el pasado, quizás?

MARIA. ¡Oh! si así fuera, más quiero
morir..

PACA. No te morirás,

yo te lo juro.

MARIA. Va usté
á contarle....

PACA. Ello dirá;
vé á vestirte.

MARIA. Es primer turno.

PACA. Me encanta el Teatro Real.

MARIA. Y qué hacen?

PACA. Los *Monigotes.*

MARIA. Los Hugonotes, mamá!

(Va á marcharse, pero ve entrar á D. Cayetano, y se detiene para saludarle.)

ESCENA V.

DICHOS y D. CAYETANO.

CAYET. Salud!

PACA. (¡Bonito saludo!)

MARIA. Muy buenas tardes, papá.

CAYET. Hola, hija mia; hola, Paca,
qué hay de bueno?...

PACA. Tú dirás.

CAYET. Pues nada, que no cobré.

(Se sienta á la chimenea extendiendo los pies hácia el fuego y arrellanándose en la butaca.)

MARIA. Papá, te voy á enseñar
nuestras compras.

CAYET. Qué has comprado?

MARIA. Vas á verlo..

CAYET. Venga acá.
Guiñapitos?

MARIA. Un sombrero.

CAYET. ¡Precioso! bien te estará,
que eres muy bella, y no hay prenda
que pueda sentarte mal.
¡Bendita seas!

MARIA. Y mira.

CAYET. ¿Y qué es esto?

PACA. Un *en tout cas.*

CAYET. Y qué es eso?

PACA. (Despreciativa.) (¡Ay!)

CAYET. Un paraguas
en gabacho, no es verdad?
PACA. En gabacho! (Irritada.)
CAYET. (Riéndose.) No te enfades,
mujer!
PACA. ¿No me he de enfadar
de ver que tienes empeño
en hacer burla...
CAYET. Já! já!
Ya, ya las he visto á ustedes
en la calle de Alcalá
muy orondas en su coche!
Y por cierto que al pasar
junto á unos pollos, decian
riendo á no poder más:
—Allí va la pannalera,
vaya un lustre que se dá! —
Já! já! já!
PACA. Y tú lo callaste?
CAYET. Es claro! Pues no es verdad?
PACA. Cayetano!
CAYET. Es algun crimen
el haber vendido pan?
pues hija, si lo has vendido,
para que lo has de negar?
PACA. Ven, niña. (María se va á su cuarto.)
CAYET. (Llamándola.) No, hija mia,
no te vayas, ven acá:
hemos vendido garbanzos,
y harina, y jabon, y sal...
PACA. Sí, sal de aquí. (María hace lo que antes.)
CAYET. (Como ántes.) No, no salgas!
para qué lo has de ignorar?
no tengas orgullo nunca,
muchacha, no des lugar
á que las gentes se rian
de tí.
PACA. Ya se guardarán.
CAYET. Tenemos mucho dinero;
pero á mí la vanidad,
me repugna, y creo lo mismo
que los que oí murmurar,

que es tontería empeñarse
en faltar á la verdad.
PACA. El oro todo lo iguala.
CAYET. Pero nunca igualará
mérito con ignorancia,
fortuna con calidad.
Yo soy hijo de mis obras
y nadie me quiere mal.
¿Pues qué mayor recompensa
puedo yo necesitar?
(Á María.) Sé modesta: no traspases
el límite natural
de tu clase; tú eres rica,
vives con comodidad;
pero el día de mañana
¿quién lo puede asegurar?
No está mal que seas fina;
bien educada... lo estás!
yo aunque de extraccion humilde
he sabido perfilar
mis maneras, ser cortés,
hablar como los demas
de mi clase; nadie al verme
dirá que soy un patán,
ni se reirán de mí,
como cuando tu mamá
habla en francés chapurrado
y en castellano muy mal.
Todo Madrid, hija mía,
me ha visto oscuro, vulgar;
si hoy que soy rico me engrío
todos me censurarán.
Imita mi sencillez;
que quien te haya de tratar,
al verte sencilla, humilde,
sin hinchazon, no dirá:
qué elegante! qué lujosa!
qué bien vestida que va!
elogios que algunas veces
cubren torpe livandad;
pero en cambio el que se fije
en tí, que más de uno habrá

porque el que busca virtudes
no repara en calidad,
dirá:—*bien haya el trabajo*
que tal recompensa da;
tales padres, tales hijos!
esta ha de ser mi mitad,
que es honrada y gasta poco
y ha aprendido á trabajar,
y mujeres de esta clase
se van acabando ya!

MARIA. *Padre mio!* (*Abrazándole.*)

PACA. En fin, que quieres,
que volvamos hácia atrás,
y mientras otros se encumbran
y merced á un capital
ménos honrado que el tuyo,
llegan hasta pasear
un título de nobleza
que nadie les quita ya,
nosotros aquí metidos...
Vivamos...

CAYET. Sin dar que hablar!

PACA. Pues no pienses que por eso
nos vamos á poner mal
con las muchas relaciones
que hemos adquirido ya,
y á más que si le doy lustre
á la casa, llévo un plan.
Tenemos á Mariquita
y un dia se ha de casar,
y haciendo una vida oscura
á buscarla no vendrán.

CAYET. Aunque es muy feo hablar de esto
delante de ella...

MARIA. (*Ruborosa.*) Papá...

CAYET. Te diré que el que la vea
su fortuna derrochar,
dará pruebas de *insensato*
si pide su mano.

PACA. Harás
que me ponga *hors de moi meme*.

CAYET. Qué ha dicho? (*Á* MARIA.)

MARIA. Que...
CAYET. Haces muy mal.
No tendrá novio siguiendo
tu sistema.
PACA. ¿Que no?
CAYET. ¡Cá!
PACA. ¡Pues ya le tiene!
(Lo dice en un momento de ira, y se queda confusa así que lo ha dicho.)
CAYET. (Muy serio.) ¿Qué?
MARIA. (¡Ay, Dios!)
CAYET. (Con ironía.) ¡Hola!
PACA. Es decir...
CAYET. Bien está!
¿Conque hay noviazgo y lo ignora
quien lo tiene que aprobar?
MARIA. Padre mio...
PACA. Hoy deseábamos
haberte hablado...
CAYET. Quizás
proteges tú estos amores?
Vete, niña. (Á María, con amable seriedad.)
MARIA. Yo, papá...
CAYET. Tengo que hablar con tu madre:
vé, hija mia.
MARIA. (Qué dirán?)

ESCENA VI.

D. CAYETANO y DOÑA PACA.

CAYET. Conque otra vez amoríos
y siempre á espaldas de mí?
PACA. Bah!
CAYET. Vamos á ver; aquí
qué derechos son los mios?
PACA. No supondrás que una madre
tolere cosas indignas!
CAYET. Y esas cosas no son dignas
de que las conozca un padre?
No ha bastado la honda herida
en María ayer labrada,

ni su salud quebrantada,
ni la pena recibida?...

PACA. No ha bastado, no señor;
tus deseos son extraños.

CAYET. Es que...

PACA. Á los diez y seis años
no hay muchacha sin amor.

CAYET. Tus absurdas pretensiones
ciegan tu instinto materno
en tu afan de tener yerno
con escudos y blasones.
Nada; nada, no me arguyas,
que sé del pie que cojeas.

PACA. Yo á María infundo ideas...

CAYET. Ya lo creo! Como tuyas!

PACA. Cayetano!

CAYET. Tu egoismo
es asombroso, alarmante...
Y quién es el nuevo amante?

PACA. No es nuevo.

CAYET. ¿Cómo?

PACA. Es el mismo.

CAYET. El mismo, ay Dios!

PACA. Si señor,
esto es lo que has alcanzado.
María no se ha curado
de su *primitivo amor*.
Y es fuerza que de una vez
seamos francos y justos;
la matamos á disgustos?

CAYET. Oh, *no*!

PACA. Tu testarudez.

CAYET. Pero si yo tengo informes
del novio... maldito sea!

PACA. Tienes de él muy falsa idea.

CAYET. No, no, no estamos conformes.

PACA Es noble, muy distinguido...

CAYET. Sé bien sus antecedentes...

PACA. ¡Bah!

CAYET. ¿Por qué con sus parientes
está hace tiempo reñido?
De noble familia es,

muy ilustre y muy honrada;
yo conozco á su cuñada
y á su tio...

PACA. Sí, al marqués.

CAYET. De sus parientes respeto
la rectitud intachable,
y ni quieren que les hable
de semejante sujeto.
Pero tú obcecada en ser
suegra de un hombre admitido
por las gentes, y engreido
tu amor propio, á proteger
há tiempo estás dedicada
sus amores...

PACA. ¡No que no!

CAYET. Abusando de que yo
no tengo tiempo de nada.

PACA. Pues en, vuelve á negar
tu permiso y á gruñir,
y á tu hija verás morir.

CAYET. ¡Oh, no! No la he de matar.

PACA. Él hoy á verte vendrá,
que ayer nos le presentó
una amiga nuestra, y yo
le ofrecí la casa.

CAYET. Ya.

PACA. De fijo cuando lo veas
modificas tu opinion.

CAYET. Le tengo por un bribon.

PACA. Un gran chico!

CAYET. Que tal creas!
Mi plan has desbaratado.

PACA. Tenias un plan?

CAYET. Sí á fe:
dar á María pensé
un marido muy honrado,
no habria mejor esposo,
pero ya...

PACA. Me echo á temblar.

CAYET. Con él podria esperar
un porvenir muy dichoso.

PACA. Quién es?

CAYET. Un chico muy listo,
muy buen mozo, muy formal.
PACA. Le conozco yo?
CAYET. No tal.
PACA. María...
CAYET. Nunca le ha visto.
Mi hermano dejó al morir
un hijo.
PACA. Sí, me has hablado...
CAYET. Que allá en el pueblo olvidado
tiene siempre que vivir.
Allí está en aquel rincon
de su pobre aldea oscura,
conformado á su amargura
y á su mala condicion.
Pensábale yo casar
con María...
PACA. Mas sin verse...
CAYET. No han llegado á conocerse.
Yo lo he debido activar...
Es un chico extraordinario.
PACA. Labrador, eh?
CAYET. No señor.
No raya por labrador.
PACA. Qué es entónces?
CAYET. Boticario.
PACA. Jesús, María y José. (*Santiguándose.*)
Á mí con esas te vienes?
Pero, hombre, qué cosas tienes!
Mi hija boticaria?
CAYET. Y qué?
PACA. Por fortuna ya en su pecho
reina don Luis, de manera...
que no...
CAYET. Pues si así no fuera...
pero ya el daño está hecho.
Nada, decidid las dos;
yo transijo; que se case,
pero que el tiempo no pase;
sea, y pronto.
PACA. Sí por Dios.
Se casarán...

CAYET. Decidid:
ó el don Luis ó el boticario!
y pronto; de lo contrario
me la llevo de Madrid.
Yo de ninguna manera
quiero que clarle la gente;
cuoque al vado ó á la puente;
y sea lo que Dios quiera.
Por mucho que esto me aflija
callo ante un mal incurable;
tú serás la responsable
del porvenir de mi hija.

ESCENA VII.

DOÑA PACA.

Por fin hemos alcanzado
lo deseado: este golpe
me asegura una existencia
feliz y todos los goces
que para mi Mariquita
deseo: su esposo es noble;
tiene un apellido ilustre;
es rico; va siempre en coche
y figura y se tutea
con lo mejor de la córte:
en cuanto tenga más juicio
se elevará; será hombre
de partido: yo aspiraba
á ser ministra de Gober-
nacion; pero mi marido
dice que él es hombre de órden
y que no quiere ser nada:
yo *haré que mi yerno logre*
una cartera, y seré
ministra por tabla: honores,
posicion, todo vendrá
por sus pasos: esta noche
se decide...

ESCENA VIII.

DOÑA PACA, MARÍA.

MARÍA. Qué hay, mamá?
PACA. Oye, Mariquita, oye
y alégrate.
MARÍA. Qué ha pasado?
PACA. Tu padre oyó tus clamores
y al fin accede á que tengas
con Luisito relaciones.
Pero exige que resuelvas
pronto lo que te acomode,
porque si esto no se arregla,
pretende casarte ¡asómbrate!
con un primo boticario
que tienes y no conóces!
MARÍA. Con un primo...
PACA. Un lugareño
que nunca pisó la córte:
con un marido silvestre.
En fin, con un pasmarote.
MARÍA. Pero si yo á Luis le quiero
cada dia más!
PACA. Pues oye,
aconséjale que pida
pronto tu mano; esta noche,
mañana, en fin, aconséjale...
(Yo le daria lecciones
de pescar; pero esta es cosa
que no estaria en el órden.)
En fin, mientras yo me visto
ven y quedemos acordes...
MARÍA. Conque mi padre...
PACA. Transije
si le habla pronto ese jóven.
MARÍA. Mi padre no ha de querer
matarme con sus rigores..
PACA. ¿Qué ha de querer? (Esto es hecho.)
Vendrá hoy Luis?
MARÍA. Lo espero.

PACA. Ponte
una flor.
MARIA. Sí.
PACA. Si hoy viniera
daríamos un buen golpe
convidándole á comer;
hoy hay sopa de rabioles
y mayonesa de pollo
y salmon *maitre de hôtel.*

ESCENA IX.

D. LEONCIO, D CAYETANO dentro.

LEONCIO. (Mira por la puerta del cuarto de D. Cayetano y dice desde el umbral.)
Contesto al corresponsal
de la Rioja?
CAYET. (Dentro.) Sí, hombre!
LEONCIO. Cuántas latas de pimientos?
CAYET. Cien mil doscientas.
LEONCIO. Conformes.
Francas de porte?
CAYET. Eso siempre.
LEONCIO. Bien: de su cuenta los portes.
Diga usted, don Cayetano,
cómo se le pone el sobre?
CAYET. Señor don Lamberto Perez,
calle de Corregidores.
LEONCIO. Lo ménos se gana en esto
tres mil duros; es mucho hombre!
(Se pone á hacer unos apuntes sobre un velador de espaldas á la puerta del foro.)

ESCENA X.

D. LEONCIO, LUIS, CRIADO.

CRIADO. Pase usted; voy á avisarles...
su gracia de usted...
LUIS. (Dándole su tarjeta.) *Voilá.*
Aquí hay dinero; no miente

la voz pública: serán
todo lo cursis que quieran;
pero quién va á reparar
en dibujos! nada, nada,
dineros son calidad:
este negocio es lo único
que me puede levantar;
la chica me quiere mucho
y su padre es un patan,
y la quiere como un lóco
y no la ha de disgustar;
ya ha estado una vez enferma
por mí; ya no dudará
su padre de que me quiere...
¿y cómo la ha de matar
á disgustos?... Oh, esta vez
caen todos de patas. ¡Bah!
Yo tenía una cartita
por si no hallaba al papá...
Á ver?... debe de ser ésta.
(Va sacando papeles del bolsillo y leyendo conforme indican las comillas.)
«Sírvase usted entregar
»al dador la cuentecita
»que ha ido treinta veces ya...»
¡Horror! «Caracuel y Alcaide.»
—«Debe don Luis...»—Dónde está
—«Si en lo que queda de mes
»no viene usted á pagar,
»le voy á usted á dar dos palos.»
Qué lenguaje tan bestial!
este zapatero mío
es una calamidad.
Pues señor, la habré perdido...
aquí.—«El señor juez de paz
»del distrito de...» Las cosas
de mi casero; ès lo más!...
¡Oh monstruos abominables!
enemigos sin piedad
que quereis negarme un crédito
razonable, sin el cual
ni vivirían los pueblos

ni la industria ni la paz...
LEONCIO. ¿Quién anda ahí?
LUIS. Qué? Leoncio!
LEONCIO. Calle! Eres tú!
LUIS. Voto á tal:
sorpresa más agradable;
no me pude figurar...
Qué haces tú aquí?
LEONCIO. Estoy sirviendo.
LUIS. Ya supe que te fué mal
en tus negocios...
LEONCIO. Permíteme
que me aflija al verte.
LUIS. Bah!
y por qué...
LEONCIO. Cuando recuerdo
que te he visto así...
(Señalando la altura de un niño.)
LUIS. Es verdad;
pero ya comprendes, hijo,
que tenía que agrandar.
Y yo desde que salisto
de casa no te vi más.
LEONCIO. Me han pasado mil percances.
LUIS. Continúas tan fatal?
LEONCIO. Y tú tan rumboso!
LUIS. Siempre.
LEONCIO. Trabajas?
LUIS. Psth!
LEONCIO. Siempre vas,
tan elegante, ay, Luisito,
presiento que haciendo estás
la misma vida de siempre.
LUIS. Riñeme: tu autoridad
reconozco...
LEONCIO. Heredarias
de tu padre un capital...
LUIS. ¡Ya lo creo!
LEONCIO. Pues consérvalo.
No te lo gastes.
LUIS. (No, ya
me lo gasté.)

LEONCIO. No derroches.
LUIS. Ya ves que no he de bajar
de mi posicion, que impone
deberes...
LEONCIO. Segun.
LUIS. No hay más
remedio que gastar mucho
viviendo en la sociedad
que yo vivo. (Si éste sabe
que me quedé sin un real,
me descubre y adios boda;
vaya una fatalidad!)
LEONCIO. Seguirás tan calavera.
LUIS. Mi humor siempre fué jovial.
Bromista.
LEONCIO. Y qué traes aquí?
LUIS. He venido á saludar
á estas señoras: há poco
que me presentaron...
LEONCIO. Ya.
LUIS. Parece esta una familia
muy apreciable.
LEONCIO. Verás
qué señor tan campechano
y tan guapo!
LUIS. Sí?
LEONCIO. Cabal
como pocos...
LUIS. Y es muy rico
segun dicen.
LEONCIO. Uf!
LUIS. Verdad?
LEONCIO. Tiene ademas de su suerte
un tino, una actividad...
y trabaja... trabajando
ha hecho el grande capital
que tiene: ha sido tendero
en Madrid.
LUIS Cuánto tendrá?
LEONCIO. No es cálculo fácil.
LUIS. Hola!
LEONCIO. Es una barbaridad.

Ha economizado mucho.

LUIS. Eso de economizar,
es cuestion...

LEONCIO. Sí; de carácter;
tú no entiendes de eso.

LUIS. Cá!

LEONCIO. Pues yo tengo otro sistema.
Yo era hace años auxiliar
de un ministerio, ya sabes;
heredé un buen capital,
hice dimision; me dí
una gran vida...

LUIS. ¡Ya, ya!

LEONCIO. Pero impuse mi dinero
¡ay! en cierta sociedad,
que creo que se fundó
para poderme cazar,
y me dejaron por puertas.

LUIS. Es que tú eres muy fatal.

LEONCIO. Entré á ser apoderado
de tu querido papá;
pero se murió tu padre
y no me pudo extrañar;
que á mí desde que he nacido
todo me ha salido mal.
Perdí el destino en tu casa
y á fuerza de trabajar,
monté un gran puesto de libros
en la calle de la Paz.
Las gentes me murmuraron,
pero á mí que se me da?
si yo tuviera una deuda
me moria!

LUIS. Harias mal.

LEONCIO. Pues señor, que me robaron
todos los libros!

LUIS. Já! já!

LEONCIO. ¡Todos! me dejaron sólo
un tomo; hombre, cuál dirás?

LUIS. No sé.

LEONCIO. Un arte de cocina.

LUIS. El más inútil!

LEONCIO. ¡Cabal!
Entónces me hice baritono.
LUIS. Tú cantas?
LEONCIO. ¡Path! Regular.
Me fuí á cantar zarzuelas
un verano á Puerto-Real;
salí en el valle de Andorra;
pero no pude acabar,
porque se marchó la gente
corriendo de un modo tal,
como si hubieran oido
á un toro de Colmenar.
LUIS. ¡Qué tipo!
LEONCIO. Pero yo ¡nada!
mientras sepa trabajar!...
Despues tuve horchatería.
LUIS. Pero hombre!
LEONCIO. Y al mes cabal
se prendió fuego á la casa;
mira qué fatalidad!
fuego en una horchatería!
esto no se ve jamás.
LUIS. Pero tú no te avergüenzas...
LEONCIO. Pues si yo fuese á esperar
que mis amigos antiguos
me protegieran... ya, ya!
me niegan hasta el saludo,
que es lo ménos que hay que dar!
En esta casa en que sirvo
hoy de tenedor, me dan
seiscientos reales mensuales,
que son mi felicidad.
Bendigo la casa. Es hombre
muy rico mi principal.
Siempre paga en oro; mira,
(Sacando unas monedas de oro y enseñándoselas.)
mira qué moneda!
LUIS. Ya.
LEONCIO. Nuevecitas!
LUIS. (Cogiéndolas y guardándoselas en el bolsillo.)
Vaya, gracias.
LEONCIO. ¿Qué?

LUIS. ¡Já! já!
LEONCIO. Trae, trae acá.
no tengas ganas de bromas.
LUIS. Si te voy á convidar!
LEONCIO. Vámos, hombre.
CRIADO. La señora.
LUIS. Cállate, tonto.
LEONCIO. ¿Á que vas
á enfadarme?...
LUIS. Anda, que vienen!
PACA.. Salga usted. (Á D. Leoncio.)
LEONCIO. ¡Qué atrocidad!

ESCENA XI.

DOÑA PACA, LUIS.

PACA. Cómo está usted, Villurés?
LUIS. Bien, gracias, y usted, Paquita?
PACA. (Paquita! qué fino es.)
LUIS. Y cómo está Mariquita?
PACA. Está bien, saldrá despues.
Que me dispense lo ruego
si esperó...
LUIS. ¡Bah!
PACA. Pero estaba
vistiéndome para luégo...
LUIS. No importa, no; mas no niego
que impaciente la esperaba.
PACA. Voy á llamar...
(Tira de la campanilla: viene el criado.)
Al señor
que venga.
(El criado va al cuarto de D. Cayetano.)
LUIS. Yo sentiría
robarle tiempo.
PACA. Mejor.
Que trabaja noche y dia
y eso es muy abrumador.
LUIS. Trabaja mucho.
PACA. Es empeño
desesperado que tiene.

¿Por qué ha de quitarse el sueño,
hombre de tal caudal dueño
que no sabe lo que tiene?
(Allá va eso.)

LUIS. Es verdad;
su posicion y su edad
piden descanso y réposo.

PACA. Es ya manía en mi esposo
su excesiva actividad.
Aquí viene. (Se levantan.)

ESCENA XII.

DICHOS, D. CAYETANO.

CAYET. Caballero...

PACA. (Presentando á Luis.)
El señor de Villarés.
(Presentando á D. Cayetano.) Mi esposo.
Sabes quién es?

LUIS. (Saludando.) Gracias.

PACA (Ap.) (Cógele el sombrero.)

LUIS Estábamos murmurando
de usted.

CAYET. Cómo?

LUIS. Su señora
aquí me estaba contando
que pasa usted trabajando
los dias hora tras hora.

CAYET. Estoy tan acostumbrado
al trabajo bienhechor,
que no puedo estar parado;
y ademas todo hombre honrado
debe ser trabajador.
Yo, desde que era aprendiz...

PACA. (Golpe de tos fuertísimo, que alarma á Luis y D. Cayetano.)

CAYET. (Se avergüenza.)

PACA. (Qué desliz!)

CAYET. (Se avergüenza y me lo avisa.)

LUIS. Pasó?

PACA No es nada.

CAYET. Una risa
que se subió á la nariz. (Pausa muy larga.)
LUIS. ¡Qué calor!
CAYET. ¡Qué sequedad!
Este es un clima que iguala
las estaciones... verdad?
PACA. Es *una alima* muy mala!
CAYET. (¡Jesús, qué barbaridad!)
LUIS. Pues señor... ántes que salga
y me oigan esa señorita,
y valga por lo que valga,
cumplo á mi nobleza hidalga
que yo explique esta visita.
PACA. (¡Ah, ya!)
CAYET. (¡Hola!)
LUIS. Sí señor,
yo soy un hombre de honor
y me repugna fingir,
y como no sé mentir
no he de pecar de traidor.
CAYET. (No me disgusta el proemio.)
LUIS. De un amor del alma mia
quiero hallar honrado premio:
mas claro, yo amo á María
y aspiro á entrar en el gremio.
Y quiero, porque no quepa
duda de que en mí no cabe
doblez, que el misterio acabe,
y quiero que usted lo sepa,
porque al fin el caso es grave.
Que andar rondando una casa
dando que hablar á la chusma,
que á murmurar se propasa,
y que anda siempre á la husma
para saber lo que pasa,
y sobornar cocineras
para enviar papelitos
y amar por las escaleras,
ó hacer el amor á gritos
desgastando las aceras,
es sólo dar que decir,
y hombre que á su amada estima

no la debo hacer sufrir,
y este es amor pantomima
que á la gente hace reir
La otra vez, y siento hablar
de aquellos dias fatales,
yo me debí presentar
y hacer lo que es regular
entre personas formales.
Hoy vengo porque usted vea
que es mi pretension honrada,
y en mi consecuencia crea,
y de una vez su hija sea
tan dichosa como amada.
Y vengo en suma á pedir
permiso para tratar
con quien me quisiera unir,
y de este modo evitar
dar al mundo que decir.
Si en un plazo que usted fije,
tratándonos decidimos
nuestro bien, y usted transige,
y usted por yerno me elige,
y ella y yo nos convenimos,
todos pensando uniformes
y tomando usted informes
de mi conducta y mis hechos,
quedamos tan satisfechos,
y en paz y todos conformes.
Y si al fin de la jornada
resultamos discordantes
y mi dicha no es lograda,
no se habrá perdido nada
y tan amigos como ántes.

PACA. Ah, señor de Villarés!
yo que sé muy bien cuál es
su nobleza, su cultura,
y en fin, su... literatura
y su proceder cortés,
le estimo en tanto y me agrada
tanto su intencion honrada,
que hallar en usted confio..

LUIS. Y usted don:..

CAYET. Yo, señor mio,
no le contesto á usted nada.
Véngase usté hoy á comer
con nosotros...
LUIS. (¡Oh, placer!
Hoy para mí era vigilia.)
CAYET. Y le podré responder...
y hablaremos en familia.
PACA. Á las seis.
LUIS. (Levantándose.) Me marcho, pues,
que cansarles más sería
pesadez.
PACA. Nunca lo es...
LUIS. Mis recuerdos á María.
CAYET. Hasta luégo.
LUIS. Hasta despues.

ESCENA XIII.

D. CAYETANO, DOÑA PACA, luégo MARÍA.

PACA. Qué tal?
CAYET. Por vida del chápiro!
PACA. ¿Qué?
CAYET. Que no hay más que pedir.
PACA. Había yo de admitir
en mi familia un gaznápiro?
CAYET. Es muy formal!
MARIA. Ah, qué escucho!
CAYET. Ó lo parece.
MARIA. Gustó?
¡Ay! (Viendo á su padre.)
CAYET. Muchacha!
PACA. No que no!
CAYET. Le quieres mucho?
PACA. Oh, sí!...
MARIA. Mucho!
CAYET. Casarte quieres con él?
MARIA. ¡Sí!
CAYET. Lo tienes bien pensado?
MARIA. Muy bien: y se lo he jurado
y me precio de muy fiel.

CAYET. Y así juras sin oir
mi parecer...
PACA. Ay, señor!
MARIA. Vuelva usté á impedir mi amor,
y me verá usted morir.
PACA. Hombre, no seas machaca!
CAYET. No, hija mia; si yo no...
MARIA. Pobre de mí!
PACA. Ya sé yo...
CAYET. No me desesperes, Paca!
María, cese tu llanto;
yo accedo á todo.
MARIA. De veras?
CAYET. Te casarás cuando quieras
puesto que le quieres tanto.
MARIA. ¡Oh, gracias!
PACA. ¡Oh, bien, *très bien*!
CAYET. Quita allá! (Á María.) No más pesares!
MARIA. ¡Ah!
CAYET. Cuanto ántes te casares
ménos mis penas serán.
Ya está tu gusto servido;
no quiero yo verte triste;
hija mia, tú venciste!...
MARIA. ¡Oh, gracias!
PACA. (Hemos vencido!)
CAYET. Dejadme un poco, que tengo
que trabajar.
MARIA. Bien está.
PACA. Ves qué bueno es tu papá?
CAYET. (No sé cómo me contengo.) (Se van.)

ESCENA XIV.

D. CAYETANO.

La ama y es niña inocente
que está en sus redes cogida;
hay que ganar la partida
por un sistema prudente.
Ántes de la fuerza usá
con la pobre niña incauta;

aquí hay que cambiar de pauta;
yo me las arreglaré.

ESCENA XV.

D. CAYETANO, CÉSAR, vestido de viajo.

CÉSAR. Bueno, bueno, muchas gracias.
(Como si hablára con un criado.)
CAYET. Tengo que usar gran cordura.
CÉSAR. Esto es vivir! Qué elegancia!...
qué cortinas! qué molduras!
Pero calle, ese es mi tio!
Tio Cayetano!
CAYET. ¡Oh, ventura!
¡sobrino!
CÉSAR. (Abrazándole.) Tio del alma!
CAYET. Visita más oportuna!
Estaba pensando en tí.
CÉSAR. De veras, tio?...
CAYET. Sin duda.
Y á qué vienes?
CÉSAR. Á morirme!
CAYET. Muchacho!
CÉSAR. La verdad pura.
Me iba á morir en el pueblo,
y dije: tumba por tumba,
prefiero la de Madrid
que es más ancha sepultura:
sí, señor; me estoy muriendo
de aburrimiento, de murria!
no puedo más; estoy harto
de confeccionar misturas
y de vender flor de malva,
y de tratar con gentuza...
y de no tener dinero,
que es lo que más me disgusta!
CAYET. (Más simpático es que el otro,
y tiene mejor figura.)
CÉSAR. Vaya una casa bonita!
CAYET. Pues qué, tan fea es la tuya?
CÉSAR. Aquello no es casa, tio;

aquello es una zahurda;
allí no hay casas: son nidos;
son gazaperas inmundas;
unas calles tan estrechas!
unas gentes tan incultas!
unos hombres tan cerriles!
unas mujeres tan súcias!
yo no vuelvo; allí les dejo
los trastos...

CAYET. Mas qué te apura?

CESAR. Déjeme usted desahogarme;
traigo mucha bilis, mucha!

CAYET. Reniegas de tu carrera?

CESAR. Oh! no, señor. ¡Eso nunca!
Ya sabe usted que mi padre
logró hacer una fortuna
y educarme se propuso
como al de más noble alcurnia;
me envió á Francia á un colegio;
comencé á soñar... ¡locura!
¡ilusion! á los tres años
me anunció sus desventuras,
y ¡catapluml vino al suelo
la base de mi fortuna.
«Ya no tenemos un cuarto,»
me dijo en su carta última;
y en vez de ser diplomático
venderás genciana y ruda.
Y fuí boticario á gusto;
mas mi porvenir me asusta;
no doy un paso adelante,
no tengo suerte ninguna!
Vivo mal; en aquel pueblo
no hablo más que con el cura
y el barbero, y esta vida
sedentaria me repugna.
Yo he viajado, he visto mundo,
y haciendo la vida oscura
del poblachon, me consumo,
me aburro, y en fiera angustia
paso semanas y meses
y años soñando venturas.

de un porvenir que no llega,
de un nuevo sol que no alumbra.
Ay! en aquella botica,
que está en una calle inmunda,
y es lóbrega, y no le llega
la luz del sol casi nunca,
vivo yo enterrado en vida
sin hablar, y medio á oscuras,
con un mozo... que no sabe
más que morderse las uñas!
Detrás del mostrador negro
que me parece una tumba,
consuelo á veces mis penas
con románticas lecturas,
y en la dulce poesía
goces el alma disfruta,
y el alma extiende sus alas
por las regiones cerúleas,
y se me olvidan mis cuitas
y hallo alivio á mi amargura...
Pero en esto entra una vieja
gangosa, con los perruna,
que me pide un sinapismo
para una cuñada suya.
¡Figúrese usted si es triste
descender de tanta altura!
Yo que sueño con la gloria,
con el amor, con las musas,
he de cocer azofaifas
y he de preparar enjundias.
Manejar debo la espátula
con preferencia á la pluma,
y el nectar y la ambrosía
se truecan, ¡oh desventura!
en un jarabe diurético
ó en la digital purpúrea.
Se lo juro á usted; un dia
hijo que tomo una turca,
y otro Sócrates me bebo
un cuartillo de cicutal...

CAYET. No harás tal.

CESAR. Yo no he nacido

para lo vulgar; me abruma
mi suerte y quiero vencerla.
Sí señor, yo amo la lucha!
En las grandes capitales
hay palenque, hay aventuras;
mi corazon oprimido
romper quiere su clausura.!
¿Me llamo César? *Ó César*
ó nada: nada me asusta!
yo no desciendo hasta el vulgo;
¡aquila non capit muscas!

CAYET. Já! já! já! Bravo, muchacho!
¿Tienes ambicion?

CÉSAR. Y mucha.

CAYET. Pero no tienes dinero!

CÉSAR. Eso me falta, pecunía!
solamente esa pequeña
circunstancia dificulta
mi plan de tender las alas
por el mundo y sus anchuras;
por eso vivo en el pueblo
confundido con la chusma,
porque si no, muchos dias
me quedaría en ayunas.
Mi botica renta poco;
pero en fin, siempre me ayuda;
tengo un pozo...

CAYET. Ya lo creo!

CÉSAR. Y el agua todo lo cura!

CAYET. Conque tú vienes á verme...

CÉSAR. Para decirle á usté en suma
que no estoy bien de dinero
ni alegre con mi fortuna.
En mi pueblo ha muerto el médico
y no hay quién le sustituya;
y desde que se murió
no vendo; mi renta es nula.

CAYET. Lo creo.

CÉSAR. Conque usted haga
con su influencia que acuda
el Gobierno en mi socorro
mandando allí quien me surta...

CAYET. ¡Hombre, por Dios!
CESAR. Ó veamos
la manera más segura
de que yo aquí me traslade.
Madrid me brinda aventuras.
CAYET. Pues... Te propongo un negocio
y es menester que te luzcas!
CESAR. Diga usted.
CAYET. Te voy á dar
veinte onzas.
CESAR. Qué?
CAYET. Veinte juntas.
CESAR. Qué dice usted?
CAYET. ¡Peluconas!
CESAR. Y aunque no lleven peluca
yo las peinaré.
CAYET. Te vas
á vestir...
CESAR. Pero...
CAYET. ¡Á la última!
CESAR. Bueno.
CAYET. Y esto ha de ser pronto.
CESAR. En seguida.
CAYET. Luégo buscas
en cualquier novela un nombre
que suene bien.
CESAR. Ya.
CAYET. Procuras
que sea duque ó marqués
ó lo inventas.
CESAR. Ya.
CAYET. Te anuncias
en esta casa diciendo
que llegaste ayer de Rusia,
de París ó de Berlín...
del extranjero!
CESAR. Me gusta!
Yo hablo francés y...
CAYET. Magnífico!
Dices que el banquero Gudal,
mi corresponsal en Francia,
te ha encargado que á mí acudas

para lo que se te ofrezca;
fíngelo bien.

CESAR. ¡Qué diablura!

CAYET. Y desde que entres en casa
intentas, tratas, procuras
por cuantos medios te plazcan
que tu primita Maruja...

CESAR. Ah!

CAYET. Se enamore de tí.

CESAR. No es difícil.

CAYET. De tu alcurnia
debes hablar.

CESAR. Mas qué título...

CAYET. Cualquiera; el que se te ocurra.

CESAR. El duque de Crémor.

CAYET. Crémor?
No es un refresco?

CESAR. Sin duda;
pero lo pondré con K
en las tarjetas...

CAYET. Me gusta!

CESAR. Y parecerá un ducado
aleman....

CAYET. Cierto.

CESAR. Ó de Rusia.

CAYET. Perfectamente. (Qué chasco!)

CESAR. Me va gustando la burla.

CAYET. Si logras que la muchacha
se prende de tu figura,
te pongo en Madrid botica
y te doy una fortuna.

CESAR. Pero dígame usted, tio,
si la prima no apechuga,
me deja usted intentar
todos los medios?

CAYET. Tú apura:..

CESAR. Es que usted no me conoce.

CAYET. Y qué?

CESAR. La advertencia es justa.

CAYET. Bien, y qué?

CESAR. Qué si me corro
me va usté á dar una tunda.

CAYET. Pues no te corras!... ¡Caramba!
CESAR. Usted me dará su ayuda.
Venga el dinero.
CAYET. Ahora mismo.
CESAR. La chica es...
CAYET. Una pintura.
CESAR. Delgada ó gorda?
CAYET. Delgada.
CESAR. Es rubia ó morena?
CAYET. Rubia.
CESAR. Y los ojos?
CAYET. Atrevidos.
CESAR. La cintura?
CAYET. Diminuta.
CESAR. Y los piés?
CAYET. Si vas á verla!
CESAR. No diga usted más, me gusta.
CAYET. Voy á buscar el dinero
para que cambies de pluma.

ESCENA XVI.

CÉSAR.

Nada! Me visto, me peino,
me presento, me saluda,
le peto, me pongo tierno,
lo toma á broma, se burla;
continúo, se resiste,
insisto, vacila, duda,
la mareo, se resuelve,
la domino, capitula,
pido su mano, la obtengo,
lo demás lo arregla el cura,
y en seguida pesco el trigo,
busco una tienda que aturda,
monto un establecimiento,
armo un tinglado que asusta,
todo lleno de cucharros,
mármol, divanes, columnas,
espejos, setenta luces,
practicantes á patrullas,

una orquesta en la trastienda,
una muestra tremebunda,
«farmacia del doctor César,
»laboratorio con música!»
las gentes vienen corriendo
á la novedad, se agrupan
á la puerta, compran, pagan,
me pongo en moda, me buscan
todas las clases sociales,
la prensa de mi se ocupa...
Soy elector, elegible,
salgo triunfante en las urnas,
hago papel, echo coche,
voy de embajador á Rusia,
soy marqués, duque, ministro,
la humanidad me saluda!...
¡farmacéutico, respira!
Audaces fortuna juvat.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion. Es de noche. Muchas luces.

ESCENA PRIMERA.

LUIS, D. LEONCIO.

Luis entra y va á mirar á una de las puertas laterales. Don Leoncio lo sigue corriendo.

LEONCIO. Dame mis catorce duros.
LUIS. Quita, tonto! (Echándolo á broma y riendo.)
LEONCIO. ¡No enredemos!
LUIS. Los voy á gastar en dulces.
LEONCIO. ¡Dame mis catorce pesos!
(Se va Luis corriendo á otro lado.)
LUIS. Já! já!
LEONCIO. Tú lo echas á broma,
y bromas con el dinero
no me gustan. Vamos, hombre!
LUIS. ¡Pero hombre, si no los tengo! (riendo.)
LEONCIO. Mira, Luisito, que doy
un escándalo!
LUIS. (Echándole las manos á los hombros y riendo.)
¡Ah borrego!
Veo que sigues tan pobre
de espíritu!...

LEONCIO. Bien, me alegro.
LUIS. Jé! jé!
LEONCIO. Me das eso ó no?
LUIS. Me he mudado de chaleco
para venir á comer
y no he traido dinero.
LEONCIO. A ver, á ver. (Queriendo registrarle.)
LUIS. (Alejándose corriendo.) ¡Quita, tonto!
LEONCIO. Mira que si se lo cuento
á mi principal...
LUIS. Serias
capaz de...
LEONCIO. Pues ya lo creo!
Vamos, no me hagas rabiar;
dame mis catorce pesos;
mira que no puedo ir
hoy á mi casa sin ellos.
LUIS. Tu va á reñir la mujer?
LEONCIO. No que no; pues ya lo creo!
como que todas las noches
me deconnisa el chaleco.
LUIS. Ay qué imbécil, já! já! já!
LEONCIO. Vamos, anda, que no quiero
disgustos en casa.
LUIS. ¡Dale!
no seas pesado; creo
que no desconfiarás.
LEONCIO. Te voy á echar mano al cuello...
LUIS. ¡Demonio!...
(Queriéndole pegar. Corren alrededor de los muebles. D. Leoncio amenazador; Luis riendo.)
LEONCIO. Riete, riete!
LUIS. ¡Encamon!
MARIA. (Saliendo.) ¿Pero qué es esto?
(Cesan los dos de correr. D. Leoncio se queda muy asustado. Luis sigue riendo y continuando la broma.)

ESCENA II.

LUIS, D. LEONCIO, MARIA.

LUIS. Nada, señorita, nada,

que esta noche comeremos
dulces; ¡el señor convida!

LEONCIO. (Límpiate, que estás de huevo.)
Que me ha quitado...

LUIS. Já, já!

LEONCIO. Casi la mitad del sueldo.

MARIA. (Á D. Leoncio, muy séria.)
Si es usté el hazme-reir
de la casa!

LEONCIO. ¡Ya lo creo!

MARIA. Déjenos usted en paz.

LEONCIO. (Mire usted que es bueno esto.)

MARIA. No ve usted que es una broma?

LUIS. Claro! (Mándale á paseo.) (Ap. á María.)

MARIA. Vamos!...
(Á D. Leoncio, de mal humor. Luis y María, que ya no se ocupan de D. Leoncio, están lejos hablando.)

LUIS. ¡Oh! Qué hermosa estás!
(D. Leoncio se coloca entre los dos y quiere hablar.)

MARIA y LUIS. ¡¡Hombre, por Dios!!

LEONCIO. (Despues de una pausa, mirando con gravedad cómica á Luis.)
¡Hasta luégo!

ESCENA III.

MARÍA, LUIS.

LUIS. Ya estamos solos.

MARIA. Bien poco será.

LUIS. ¿Por qué?

MARIA. Porque temo que mi padre...

LUIS. No es la hora de comer, y yo de intento vine un poco ántes.

MARIA. Ay! nunca con seguridad nos vemos!

LUIS. Ya eso acabó.

MARIA. Dios lo quiera.

LUIS. Confío en tu padre; espero

que no ha de impedir la dicha
de su hija.

MARIA. Oh, no! Es tan bueno!
Al fin te ha de querer mucho;
tú sabrás ganar su afecto;
tú, que eres noble y honrado,
tienes de sobra talento
para disculpar sus faltas
y hacerte de su alma dueño.

LUIS. Creo que me hará querer...

MARIA. Acuérdate del comienzo
de nuestros amores.

LUIS. Sí;
desdeñosa estabas...

MARIA. Cierto.
Yo á la verdad no pensaba
que fueses un dia dueño
de mi corazon...

LUIS. ¿Dudaste?

MARIA. Hoy ya te quiero; y te quiero
tan de veras...

LUIS. Cual yo á tí.

MARIA. Gracias á Dios que salieron
de tus labios las palabras
que quiero estar siempre oyendo;
eres tan poco expresivo...

LUIS. Mi carácter es muy sério;
muy huraño. (Sobre todo
cuando no tengo dinero.)
Di ¿le he gustado á tu padre?

MARIA. Muchísimo.

LUIS. ¿Sí? (Me alegro.)

MARIA. Le has parecido muy bien;
tal dijo.

LUIS. (Del mal el ménos.)
Mas si un dia arrepentido,
que de estos casos los vemos
á dos por tres, te dijera
que me olvidáras?

MARIA. Qué empeño
de desconfiar!

LUIS. ¿Qué harias?

ANIA. Qué pregunta!
LUIS. Ay, es que temo...
MARIA. Piensas que el valor me falte
si en tal desdicha nos vemos?
Piensas, Luis, que es mi cariño
tan débil?
LUIS. No; mas... deseo
contar contigo ante todo.
MARIA. Tuya soy.
LUIS. Así te quiero.
(A buenas, casa y gran vida;
á malas, transigiremos,
y al cabo de un par de meses
olvido y negocio hecho.)
Mas aquí viene tu padre,
voy á saludarle.
(Se aparta de ella y va á la puerta derecha.)
MARIA. (Ay! tiemblo
de pensar que hasta quererle.
fué su amor creciente fuego,
y hoy que ya le quiero tanto,
parece su alma de hielo.)

ESCENA IV.

DICHOS, D. CAYETANO y DOÑA PACA.

PACA. (Á D. Cayetano ap.)
Resuelve pronto el asunto.
¡Señor don Luis!
LUIS. Oh, señora...
CAYET. Bravo, don Luis; es la hora
de comer, las siete en punto.
(Toca la campanilla. Aparece el criado.)
Á don Leandro, que venga.
¿Y qué tal?
LUIS. Y usted?
CAYET. Rendido
de trabajar.
LUIS. Ya...
CAYET. Molido;
no hay cuerpo que esto sostenga.

LUIS. Negocios urgentes...
CAYET. Sí;
tenía que responder
dos cartas de Santander...
LUIS. ¡Hombre! yo he nacido allí.
Mi padre era montañés,
de familia muy ilustre.
CAYET. (¡Hola! te vas á dar lustre?)
PACA. El nombre de Villarés
siempre fué...
LUIS. Verdad que sí;
es que en mi familia ha habido
mucho nombre distinguido
CAYET. Lo mismo me pasa á mí.
LUIS. Mi padre fué embajador
y ministro de Ultramar,
y valiente militar
y hombre muy emprendedor.
CAYET. También el mío ha dejado
recuerdos con gran exceso.
PACA. Don Luis...
CAYET. Él hizo el Congreso
y la plaza del Segundo...
LUIS. ¡Ah!
CAYET. Y el cuartel de San Gil,
y unos puentes, y un trayecto...
LUIS. Según eso era arquitecto?
CAYET. No señor, era albañil.
PACA. Ay! (Cae sobre una silla.)
MARIA. Mamá...
LUIS. Qué ha sido?
CAYET. Nada,
no es nada.
MARIA. Vuelve...
LUIS. Me alegro.
CAYET. La memoria de su suegro
la tiene muy disgustada!
Pues señor, va usted á entrar
en familia muy plebeya.
PACA. (Hombre, ten prosopopeya,
que me vas á sofocar!)
LUIS. Pienso entrar y no me pesa

en familia muy honrada,
y no pierdo en ello nada.

MARIA. ¡Bien!

CAYET. ¡Mil gracias!

LUIS. (Chúpate esa.)

CAYET. Así le quiero á usted yo,
futuro yerno querido.

LUIS. Oh, gracias.

MARIA. Yerno!

LUIS. Has oido?

PACA. (Pues señor, se le pescó.) (Ap. á Maria.)

ESCENA V.

DICHOS y D. LEONCIO.

LEONCIO. Llamaba usted?

CAYET. Sí señor.
Va usted á ir al Hotel
de París.

LEONCIO. Muy bien.

CAYET. En él
está el duque de Kremór.
No he podido ir á esperarle
y va usté á ir al momento
á decirle que lo siento,
que luego iré á saludarle.
Y vosotras preparad
aposento al forastero,
que tenerle en casa quiero.

PACA. Pero hombre, qué novedad!
y no me dijiste nada!

CAYET. Mi corresponsal francés
me lo recomienda; es
una persona elevada,
tan noble y tan principal,
y tan grande, que al tenerle
aquí, quisiera ofrecerle
una cámara real.

PACA. Un duque?

MARIA. ¿Un duque?

PACA. Tener

en casa un duque! Qué honor!

CRIADO. La sopa.

PACA. Ea, al comedor.

CAYET. Ea, vamos á comer.

ESCENA VI.

D. LEONCIO.

Qué traerá aquí este perdido?
alguna locura nueva:
yo no sé lo que ha traido,
pero sé lo que se lleva.
Catorce duros perdí:
no sé cómo tengo aguante;
todo el que se acerca á mí
me ha de engañar al instante.
Todo el mundo me regala
moneda que no pasó;
toda la moneda mala
de Madrid la tengo yo.
Tuve un hijo, y á criarlo
á una nodriza le dí;
quiso á su pueblo llevarlo
y yo se lo consentí;
un chico sano, robusto,
sin ningun defecto odioso,
un chico que daba gusto
de mirarlo; tan hermoso,
tan listo, tan vivaracho!
Vuelve al año la nodriza,
y me devuelve un muchacho
con una nariz postiza!
La quise echar de mi lado
y á poco me deja tuerto:
con lo que á mí me ha pasado,
otro hombre se hubiera muerto.

CRIADO. Esta tarjeta...

LEONCIO. Hado infiel!
todo al revés; ya está aquí;
me mandan buscarle á él
y él viene á buscarme á mí.

ESCENA VII.

D. LEONCIO, CÉSAR, de frac.

LEONCIO. Precisamente ahora mismo
iba yo á buscarle á usted.
CESAR. ¡Ejem!
LEONCIO. (Arrogante mozo.)
CESAR. ¿Dónde están?
LEONCIO. Avisaré
si usted quiere.
CESAR. Están comiendo?
LEONCIO. Han empezado á comer
ahora mismo.
CESAR. Bueno, bueno,
no hay prisa, me esperaré.
(D. Leoncio le invita á sentarse.)
Muchas gracias.
LEONCIO. (Tiene cara
de rico.)
CESAR. Y usted quién es?
LEONCIO. Soy el tenedor...
CESAR. Pues hombre,
vaya usté á la mesa.
LEONCIO. ¿Qué?
Já! já! Vaya, señor duque,
qué ocurrencias tiene usted!
CESAR. Conque tenedor... de libros?
LEONCIO. Eso.
CESAR. Y qué tal?
LEONCIO. Bien.
CESAR. Bien, bien?
Buen sueldo?
LEONCIO. Seiscientos reales.
CESAR. Diarios?
LEONCIO. Caramba! al mes!
CESAR. Nada más? Eso es muy poco,
porque usted tendrá mujer...
LEONCIO. Una nada más
CESAR. Y sobra,
verdad?

LEONCIO. Yo lo diré á usted...
CESAR. No, no me diga usted nada
que yo no debo saber.
¿Conoce usté esta moneda?
LEONCIO. Son dos onzas.
CESAR. Para usted.
LEONCIO. Para mí?
CESAR. Sí, hombre, sí.
LEONCIO. (Esta es la primera vez
que me da nadie dinero;
¿serán falsas?)
CESAR. Conque... á ver!
Póngame usted al corriente
de la situacion.
LEONCIO. ¿De qué?
CESAR. Don Cayetano es un hombre...
LEONCIO. Un modelo de honradez.
CESAR. Y la señorita?
LEONCIO. Un ángel.
CESAR. Y la madre?
LEONCIO. Un cascabel.
La señora sólo piensa
en atrapar un marqués
ó cosa así, para darse
tono.
CESAR. (Vamos, pues ya sé
por qué me manda mi tio
que haga este raro papel.)
La muchacha tiene novio?
LEONCIO. No puedo decir á usted...
Como yo sólo me ocupo
del escritorio... una vez
tuvo amores; pero el padre
se opuso y hubo un *belen*...
y enfermedades, y llantos...
CESAR. Ya. Cómo se llama usted?
LEONCIO. Leoncio Feliz.
CESAR. Feliz?
LEONCIO. Sí señor; no sé por qué.
CESAR. Pues amigo don Leoncio...
LEONCIO. Su amigo yo?
CESAR. (Tendiéndole la mano.) Choque.

LEONCIO. ¿Qué?
CESAR. Voy á hacérle á usted cajero
de mi casa...
LEONCIO. Á mí?
CESAR. Sí usted
me hace el favor de enterarme
del efecto que hago.
LEONCIO. Bien.
CESAR. Yo traigo aquí mis proyectos...
LEONCIO. ¡Ah!
CESAR. Y necesito tener
un confidente, un amigo.
LEONCIO. Señor duque, trataré
de cumplir; pero le advierto,
para lo que acontecer
pudiera, que yo, aunque honrado,
tengo mala sombra.
CESAR. Qué?
LEONCIO. Que asunto en que yo intervenga
tiene que echarse á perder.
CESAR. Hombre, no!
LEONCIO. Yo se lo aviso;
soy honrado, íntegro, fiel,
y como ando muy derecho
todo me sale al revés.
Anteayer sin ir más lejos
velé á un enfermo, por ser
necesario no dormirse;
yo tengo un sueño que es
famoso por lo ligero,
y además mandé traer
café del Suizo, pensando
en desvelarme con él;
y en vez de dar al enfermo
dósis de opio, hice al revés,
y el opio lo tomé yo
y á él le hice tomar café.
CESAR. Qué barbaridad!
LEONCIO. Y es claro;
como yo me amodorré,
cuando desperté ya estaba
el enfermo en San Ginés.

Así son todas mis cosas.
CÉSAR. Pero hombre, qué estupidez!
LEONCIO. Sí señor, yo soy estúpido,
pero lo soy sin querer.
CÉSAR. Aparte, pálida sombra:
nada, nada, vaya usted
á su escritorio; si ocurre
algo yo le avisaré.
LEONCIO. Tener yo dos onzas! Vamos,
si no lo puedo creer!

ESCENA VIII.

CÉSAR.

Comienza á pavonearse y á mirarse en todos los espejos.

¡Estoy... al pelo! La chica
no tendrá el pésimo gusto
de mirar con ceño adusto
á hombre que tan alto pica.
Pensar que en una bolica
se había de malograr
este empaque... en un lugar
pobre, triste, sucio, infecto...
no era justo, y con efecto,
estoy donde debo estar!
Cuántos, como yo, en el fondo
de un agujero sombrío
deplorarán su hado impío
con un suspiro muy hondo!
En un cuchitril hediondo
se oculta el más claro ingenio,
y un año, un lustro, un quinquenio
pasan cerca de él las gentes
ó ciegas ó indiferentes
sin reparar en su genio.
El mundo á veces se postra
delante de algun badoque,
enmascarado alcornoque
que supo dorar su costra;
y en tanto como la ostra

dentro de su concha dura,
vive en soledad oscura
un hombre que á nadie cede
en mérito, y que no puede
encontrar la embocadura!
Yo he visto tontos y zotes
celebrados á porrillo,
que al mundo lo ciega el brillo
de plumas y chafarotes.
Y en humildísimos trotes
he visto allá en mi lugar
á un señor muy rico arar,
y á un arriero sin recursos
hacer versos y discursos
sin tener con quien hablar.
Yo vencí, yo abrí la brecha,
rompí el hielo y aquí estoy:
harto estaba, por quien soy,
harto de aguantar la mecha.
Mi impaciencia satisfecha
desarruga el ceño adusto,
y pues me pagan, es justo
que ya comience á ejercer.
Pues señor, vamos á ver.
(*Mirándose al espejo.*)
¿Te gustas, César? ¡Me gusto!
La palabra es gran filon
y yo soy como el azogue;
¡nadal *Cedant arma togæ*,
como dijo Ciceron;
y pues llegó la ocasion
de realizar mi promesa,
hagamos la dulce presa
y embauquemos á la chica,
y logremos la botica
que es lo que más me interesa.

ESCENA IX.

CÉSAR, el CRIADO.

CÉSAR.- Comieron?

CRIADO. Van á venir
á tomar aquí el café.
CESAR. (Me alegro; lo tomaré;
mas los quiero prevenir...)
Vaya usted, pues, á decir
que estoy aquí.
CRIADO. Si el señor
me quiere hacer el favor
de decirme el nombre...
CESAR. Yo;
dígalos usted que está...
CRIADO. Quién?
CESAR. El duque de Kremór.
Ya vienen; en qué postura
á esperarles me pondré?
(Ensaya diferentes posturas.)
¿Así? ¿Si les gustaré?
Debo hacer mala figura.
¿Tendré mala catadura?
si fingiera que aburrido
me dormí y á aquí extendido
roncára. . ¡esto es muy señor!
me parece lo mejor;
hagámonos el dormido.
(Se sienta en un sofá cerrando los ojos.)

ESCENA X.

LUIS, DOÑA PACA, D. CAYETANO, MARÍA, CÉSAR.

CAYET. (Adelantándose antes que los demas.)
Perdone usted, señor duque,
si hemos tardado en venir
y le hemos hecho esperarnos
tanto tiempo... ¿no venís?
PACA. (Un duque en mi casa! Un duque
y á estas horas!) (Ap. á María.)
LUIS. Pero di,
aquí los duques se acaban
á las nueve?
PACA. (Soy feliz!)
LUIS. (Qué contentos que se ponen!

ya no se ocupan de mí!)

CAYET. Señor duque!

LOS TRES. ¡Está dormido!

MARIA. Se há debido de aburrir
esperando...

PACA. ¡Pues tú tienes
la culpa!

CAYET. Yo no!

PACA. Tú.

MARIA. Si...
Debimos apresurarnos...

CAYET. Por no dejar á don Luis...
(Luis le da las gracias con un ademan.)

MARIA. Y cómo le despertamos?..

PACA. No, no, dejarle dormir.

CAYET. Se va á enojar...

PACA. Pues entónces...

LUIS. (Qué gente tan infeliz!)

MARIA. Haciendo algun ruido...

PACA. (Á D. Cayetano.) ¡Tose!

MARIA. Y es muy guapo, verdad?

PACA. Sí.

CESAR. (La chica tiene talento.)

MARIA. Si es muy fácil... con decir...
(Luis, despues de indicar con el gesto que está cargado, aprovecha un instante en que no le miran y le da un empujon al velador donde está el servicio de café. Cae todo con estrépito. Luis finge haber tropezado.)

TODOS. (Asustados.) ¡¡Ay!!

CESAR. ¡Canario!
(Levantándose asustado y yendo á parar junto á la embocadura. Doña Paca, D.ª Cayetana y María le saludan á un tiempo, y miran á la vez incomodados á Luis, que dice disculpándose.)

LUIS. ¡Qué torpeza!
fuí á volverme y no ví... (1)

CESAR. (Adelantándose.)

---

(1) Mientras hablan, el criado debe traer otro servicio de café.

Creo que tengo el honor
de hablar...

PACA. (Á D. Cayetano.) (Preséntanos.)

CAYET. (Presentándolas.) Sí.
Mi señora; nuestra hija.

CESAR. Celebro... (Les da la mano.)

CAYET. (Presentando á Luis.) El señor don Luis...
un amigo de la casa.

PACA. (Acabando la frase.)
Propietario de Madrid.

LUIS. (No miento; Madrid es mio
desde el Prado á Chamberí.)

CESAR. (Pero éste es Luis Villarés.)

LUIS. (Pero si éste es César Ruiz.)

CESAR. (Me conocerá?)

LUIS. (Me mira.)

CESAR. (Éste estudiaba en París
conmigo.)

LUIS. (¿Pues cómo es duque?)

CESAR. (¿Si se acordará de mí?)
Pues señor, celebro mucho
haber sido tan feliz,
que apenas llegado á España
pueda el tiempo compartir
con personas tan amables
y tan finas, y tan *chic*.
Su corresponsal de usted
al despedirme en París,
me dijo que á ustedes viera,
porque no había en Madrid
personas más agradables,
y apenas llegado aquí
dije: la primer visita
para el señor de Barril.
Aunque español, he pasado
diez años fuera de aquí
y estoy hambriento y sediento
de mi querido país.
La patria es madre adorada,
y no es posible vivir
lejos de ella, aunque se viva
como yo vivo en París,

sin tener á cada paso
gratos recuerdos sin fin
de nuestro pueblo nativo,
de nuestra edad infantil,
de la tumba en que reposan
nuestros padres, del jardín
alegre donde corrimos
con Juana ó con Beatriz,
depositarias primeras
de nuestro amor juvenil;
todo nos dice al oido
en Nápoles ó en Berlin,
cuanto más grata es la estancia
ó la vida más feliz.
¿qué sucederá en mi patria?
¿qué tiempo hará en mi país?
¿qué estará pasando ahora?
¿quién se acordará de mí?
y como acorde lejano
que trae el viento sutil,
mandándonos el deseo
su nacimiento inquirir,
la patria con voz de madre
nos dice, tornad á mí!
que en mi regazo nacisteis
y en él debeis de morir!

MARIA. Qué admirable descripcion!
PACA. ¡Qué manera de decir!
CÉSAR. (¡Pero qué elocuente soy!)
CAYET. ¡Qué talento!
PACA. ¡Uf!
CAYET. (Volviéndose á D. Luis.) Eh? Don Luis?
LUIS. (Salvo su opinion de usted
me parece un parlanchin.)
CAYET. (Ya le molestal)
PACA. Bravísimo.
MARIA. (Luis siempre léjos de mí.)
LUIS. Usted fuma? (Ofreciendo un habano á César.)
CÉSAR. Muchas gracias.
Si estas señoras...
PACA. Oh, sí!
CÉSAR. Fumo pues, si usted lo aprueba.

(Tomando el cigarro. Mientras César enciende el cigarro en el de Luis, hablan en voz baja y muy de prisa.)

LUIS. Tú eres César.
CESAR. Tú eres Luis.
LUIS. Tú duque?
CESAR. Tú propietario?
LUIS. Qué cambio!
CESAR. Qué haces tú aquí?
LUIS. Amar.
CESAR. Á eso vengo yo.
LUIS. Hombre, y por qué?
CESAR. Porque sí.
LUIS. Luchemos con lealtad.
CESAR. De frente.
LUIS. Conviene?
CESAR. Sí.
Como pueda te la quito.
LUIS. Yo te hago saltar de aquí. (1)
PACA. (Qué modales, qué maneras,
qué figura, qué perfil,
y qué cuellos, y qué puños,
y qué modo de decir!)
CESAR. Permítame usted que sirva...
Con leche?
PACA. Con leche, sí.
LUIS. (Café con leche á estas horas...
qué familia tan cerril!)
CESAR. Señorita... (Dándole una taza.)
PACA. (Ap. á D. Cayetano.)
(Esto es un duque
de verdad.)
CAYET. (Es claro!)
LUIS. (Aquí

---

(1) El autor ha preferido dejar aconsonantados varios versos seguidos en el curso de este romance, á quitarle naturalidad al diálogo. La verdad de la frase, puede, en opinion del autor, disculpar alguna vez cierto descuido de los preceptos literarios, en materia de estilo.

no hay más que el duque!)

MARIA. (Acercándose á Luis, ap.) (Te enfadas?

LUIS. (Id., id.) ¡Pareceis tontos!

MARIA. (Muy cariñosa.) ¡No, Luis...

LUIS. Qué traerá este duque á España?)

CAYET. (Observando lo que pasa desde lejos.)
(Bien va!)

PACA. (A César.) Siéntese usté aquí.

CESAR. *Merci.* (Sentándose junto á ellas.)

PACA. (Á María.) (Qué debo decirle
cuando me diga *merci*?

MARIA. ¡Nada!) (Es muy guapo.)

CESAR. (Mirando á María.) (Me mira.)

LUIS. (Desesperado.)
(Pues señor... ¿qué hago yo aquí?)

CESAR. (Á Doña Paca.)
Madame, n'aime pas le sucre?

PACA. (¡Ay qué compromiso!...) *Gui.* (Marcado.)

CESAR. *Je suis bien content, madame...*

PACA. Oh!

CESAR. *D'etre venu ici.*

PACA. ¡Oh, *gui!*

CESAR. *Elle es bien charmante*
mademoiselle votre fille!

PACA. Oh, *gui!*

LUIS. (Vaya! esta señora
á todo dice qué sí!)

CESAR. (Levantándose y acercándose á D. Cayetano.)
Monsieur Barril...

CAYET. No, querido
amigo; lo que es á mí
si no me habla usté *en cristiano*,
me quedo *in albis*.

CESAR. Ah, sí?

PACA. (¡Ay, qué bruto!) ¡Es muy bromista!

CESAR. (La chica es lo más gentil...)

LUIS. María...
(Acercándose á María, que no le oye por estar distraida.)

PACA. (A César.) ¿Y qué tal el viaje?

LUIS. (Acercándose á Doña Paca, que por no oirle se va junto á César.)

Señora...

MARIA. (Vendrá por mí?)

LUIS. (Acercándose á Cayetano, que al mismo tiempo va junto á César.)
Don Cayetano...

CAYET. (Á César.) Yo exijo
que venga usted á vivir
con nosotros.

LUIS. (Pues señor,
nadie se ocupa de mí!)

CESAR. (Ap. á D. Cayetano.)
(Líbrese usted á ese jóven
á cualquier parte.)

CAYET. Don Luis,
vamos á oir el *Profeta*?

MARIA. (Ap. á Luis.)
(¡Creo que no irás sin mí!

LUIS. Quieres que á papá desaire?)

CAYET. (Ap. á Doña Paca.)
(Vosotras quedad aquí.

PACA. ¡Ya lo creo!

CAYET. Haz los honores.)

LUIS. Vamos.

CAYET. (Á César.) Quiere usted venir?

CESAR. Si estas señoras se quedan
y no las he de aburrir...

PACA. Al contrario.

CAYET. Ea, pues vamos.

LUIS. Señora...

PACA. Señor don Luis...

LUIS. María... (Tendiendo la mano á César.)
Paz, seis, tercero...

CESAR. Gracias; Hotel de París...

LUIS. (Se queda con ellas; malo.)

CESAR. (Se va: principio del fin!)

ESCENA XI.

CÉSAR, DOÑA PACA, MARÍA.

CESAR. Este señor es amigo
de ustedes?

MARIA. Intimo.
CESAR. Ah, sí?
PACA. Persona muy distinguida.
CESAR. Me parece un infeliz;
la cara es un poco rara,
sobre todo de perfil.
MARIA. Qué dice usted?
CESAR. Señorita...
PACA. No extrañe usted...
CESAR. En París
he visto unos monos sabios...
MARIA. Tambien los hay por aquí.
CESAR. Cómo?
MARIA. Sí señor, tambien.
Usted tiene mucho *esprit*,
y podrá estimar la especie.
Jú! jú! já!
CESAR. Pero...
MARIA. Don Luis
es muy raro, eh? Pues conozco
quien le quiere tanto...
CESAR. Sí?
MARIA. Sí señor, sí, esas rarezas
sólo se ven en Madrid.
(Se va riendo irónicamente.)

ESCENA XII.

DOÑA PACA, CÉSAR.

Quedan cada uno á un lado de la escena, distantes, de espaldas y meditabundos.

PACA. (Si Mariquita ha faltado
yo enmendar quiero la falta.)
CESAR. (La chica... á la vista salta...
resentida se ha marchado...
La madre es más campechana,
si la pudiera engañar...)
PACA. (Voy á ver...)
(Acercándose poco á poco á César.)
CESAR. (Hay que adorar

el santo por la peana.)
Yo he sentido...

PACA. Y yo tambien.

CESAR. Yo dije lo que sentí.

PACA. Y qué importa?

CESAR. Cómo?

PACA. Á mí
me ha parecido muy bien.
Crea usted...

CESAR. ¡Tratarme así!
Usted que es bella y discreta
me hará justicia completa.

PACA. Oh señor duque! *merci!*
Pero usted comprenderá
que no había más remedio...
hay amores de por medio...

CESAR. ¿Cómo?

PACA. Y usté ha herido...

CESAR. Ya!
(Luego Luis ya declaró
su intencion! él se las haya!)

PACA. Como don Luis es...

CESAR. Malhaya
mi suerte.

PACA. Qué?...

CESAR. Sepa yo...

PACA. María y él...

CESAR. (Abreviemos.)

PACA. En relaciones están.
Creo que se casarán
éste invierno... (Una pausa.)

CESAR. (Con acento dramático.) ¡Lo veremos!
(César va á mirar por todas las puertas, despues baja y habla dramáticamente.)
¡Sépalo usted yo, señora;
vengo á Madrid impaciente
á calmar la sed ardiente,
horrible y devoradora
que del amor de María
siente el alma enamorada;
que aquí la tengo grabada
desde aquel famoso dia

en que ahuyentando mis penas
y dando dichas al alma,
la ví de la mar en calma
junto á las ondas serenas!..

PACA. Luego usted nos conoció... (Mucha rapidez.)

CESAR. (Mintamos.) Tiempo hace ya.

PACA. En dónde?

CESAR. (En dónde será?)

PACA. ¡Ah, ya caigo!

CESAR. (Ya cayó.)

PACA. En Biarritz.

CESAR. Cabal; en Biarritz.

PACA. (Ya dije yo que la pinta:..)

CESAR. Recuerde usted...

PACA. En la quinta
de la viuda de Munarritz!

CESAR. ¡Allí! desde aquel momento
amo á esa niña gentil;
y usted con ánimo hostil
y con fatídico acento,
me anuncia que otro mortal
me ha de robar...

PACA. (Dudando ya.) ¿Què sabemos?

CESAR. ¡No puede ser!

PACA. No tenemos
dada palabra formal...

CESAR. Ah, no señora, usted no
querrá que el pesar me mate,
ni aprobará que su hija
pierda un novio como yo.
Si el otro amante descuella
por rico, yo soy riquísimo,
si él amante, yo amantísimo,
si él la ama, yo adoro en ella.
Yo tengo en París hoteles
en todos los boulevares,
con mis timbres titulares
en escudos y cuarteles.
Tengo en Lóndres diez y seis
casas, y en Berlín cuarenta,
y en Portugal una renta
de mil millones de reis.

Ante mi mujer absorta
Europa se quedará,
tal vez usted me dirá,
ya es rica, el oro no importa,
pero hay algo superior,
la riqueza es transitoria,
la distincion y la gloria,
el fausto y el esplendor...
La llévaré á Suecia y otros
estados de por allá;
ella admirada será
y usted vendrá con nosotros.
Usté en Lóndres y en París
pendent hará á mi mujer,
yo la llamaré *bèlle mere*
y usted me dirá *beau fils*.
La compraré á usté un ducado,
la presentaré á usté al Papa,
y usted que es jóven y guapa
y tiene un aire... (colado)
será conmigo y mi esposa
asombro de las naciones;
éstas son mis condiciones,
ésta mi propuesta honrosa.
Hágame, pues, la merced
de comparar con franqueza
entre ese mala cabeza
y este servidor de usted.

PACA. Ah! no hay madre indiferente
á la ventura ofrecida
de unir á su hija querida
con un rico pretendiental
Usted vale...

CESAR. Nada valgo.

PACA. (¡Qué modesto!) Vale mucho,
y yo cuando más le escucho,
más y más de mi error salgo.
Yo convenceré á María.

CESAR. De veras?

PACA. Desde hoy...

CESAR. (Muy cariñoso.) ¡Señora!

PACA. Y voy á empezar ahora.

CESAR. Oh, qué ventura la mia!
PACA. (Yo condesa... ó cosa asi!)
CESAR. Corra usted!
PACA. Ello ha de ser!
(Dios nos há venido á ver.)
Adios, duque! (Dándole la mano.)
CESAR. ¡*Au revoir*!
PACA. (Despues de dudar qué responderá.) ¡*Güi*!!

ESCENA XIII.

CÉSAR.

Al quedarse solo se suelta la corbata, se hace aire con el pañuelo y va á dejarse caer sobre el sofá.

Ay, estoy hecho una fragua!
si hablo un poco más reviento!
estoy cansado, sediento...
necesito beber agua!

ESCENA XIV.

CÉSAR, D. CAYETANO.

CAYET. Qué tal?
CESAR. (Corriendo hácia él.) Ay tio! quisiera
descansar.
CAYET. Cansado estás?
CESAR. Sí.
CAYET. La has hablado quizás?
CESAR. Quiero hablarlo á usted.
CAYET. Espera...
Don Luis tenía que hacer
segun me dijo, y salió
del teatro; me anunció
que aquí pensaba volver
á tomar té.
CESAR. Ese estafermo?
CAYET. Yo no supe qué decirle:
yo no tomo ese agua-chirle
mas que cuando estoy enfermo!
Voy á encargar...

CESAR. Dign usté,
conque su hija de usted tiene
un novio?
CAYET. No sé.
CESAR. El que viene
á las doce á tomar té.
CAYET. Bien y qué?
CESAR. Que si me apura...
CAYET. Le pones la cara torva ..
CESAR. *Mire usted que si me estorba*
le doy una paliza!
CAYET. Bueno!
CESAR. Y la chica qué hará?
CAYET. ¡Qué sé yo!
CESAR. Es que esto es muy obvio
si vengo y le quito el novio...
CAYET. Lo que fuere sonará.
CESAR. Bueno; pues yo á bien ó á mal
haré lo que usted mandó:
¡vencer obstáculos! ¡oh!
pues si es mi bello ideal!
CAYET. (Yo te los pondré tan graves
que luzcas bien tu osadía.)
Dí, te ha gustado María?
CESAR. Es monísima.
CAYET. Y tú sabes
lo que has de hacer?
CESAR. Requebrarla,
abrumarla, confundirla,
y enamorarla y rendirla...
CAYET. Eso es; y luégo dejarla.
CESAR. Dejarla?
CAYET. Sí.
CESAR. ¿En qué quedamos?
CAYET. (Pongámosle en el aprieto.)
Voy á decirte un secreto
para que nos entendamos.
Yo quiero que el tiempo pase
y al don Luis María olvide,
y si por él se decide
pierda el tiempo y no se case.
CESAR. Que no se case? (Aquí hay algo.)

CAYET. El dia que se casára
fuerza es que se me llevára
cuanto tengo y cuanto valgo.
CESAR. Cómo?
CAYET. Mis rentas completas:
yo aunque padre soy tutor;
es una herencia... un favor...
en fin, son cosas secretas;
algun dia lo sabrás;
tú distráela y procura
despues con tu travesura
que el tiempo pase... y no más:
ó tienes talento ó no;
yo en tu talento confio,
da pruebas de él.
CESAR. Pero tio...
CAYET. Y pide, que aquí estoy yo.
CESAR. Vaya un lance!
CAYET. Echa la llave
al corazon, y con maña...
CESAR. Mas la cosa es tan extraña...
CAYET. No te enamores.
CESAR. Quién sabe!
CAYET. Te lo prohibo, y tu honor
me responda de tí.
CESAR. Oh, sí.
Nada habrá indigno de mí
en mis actos, no señor!
mas...
CAYET. (Carácter impetuoso,
lucha, pues amas la lucha!)
CESAR. Mas mi desventaja es mucha!
CAYET. No sabes ser ambicioso,
Voy á encargar ese té
por si viene tu rival:
si le habrá sentado mal
la comida?
CESAR. Yo qué sé!
CAYET. (El veto poco á poquito
encenderá su pasion,
que siempre la privacion
fué causa del apetito.)

ESCENA XV.

CÉSAR.

Házle el amor; no la quieras;
ámala... no te enamores;
quiero y no quiero... señores,
estoy confuso de veras.
No espero tomarle amor
incurable, de repente...
mas pudiera fácilmente...
que la chica es un primor.
¿Mas por qué pienso en amar
á nadie, yo que una vez
he sufrido la doblez
de... no me quiero acordar!
Yo estoy siempre sobre aviso;
pero ahora debo cumplir...
en fin... veré de salir
airoso del compromiso.
Este es caso que no está
puesto en ningun documento,
circular, ni reglamento;
lo que fuere sonará!

ESCENA XVI.

CÉSAR, MARÍA.

MARIA. Bueno, bueno! Sí señora;
lindo consejo á fe mia;
noble conducta sería;
miren con qué sale ahora!
que plante á Luis por el duque.
CÉSAR. Aquí está.
MARIA. No fuera mengua?
CÉSAR. (Quiera Dios que ande mi lengua
suelta, y no se me trabuque.)
Señorita...
MARIA. (Ay que está aquí.)
CÉSAR. Ántes he sido grosero

y pedirla perdon quiero,
que hablé sin saber...

MARIA. ¡Ah sí

CESAR. Supiera mi desventura
que don Luis era el marido
futuro de esa hermosura,
y no hubiera proferido
tan desdichada censura.
Á más que fué un inocente
chiste, en la conversacion
deslizado casualmente... (Pausa.)
yo creo sinceramente
que hace usted buena eleccion.

MARIA. ¿Verdad? (Volviendo á él sonriendo.)

CESAR. (Ya pasó el nublado.)
Me parece un hombre honrado,
elegante, distinguido...

MARIA. ¿Verdad? (Muy contenta.)

CESAR. Será de contado
un excelente marido.

MARIA. ¿Verdad?

CESAR. (Vamos, que le gusta!)
Mal haya mi broma injusta
y mis palabras procaces.

MARIA. Pues la clemencia es muy justa.

CESAR. Oh! (Ceremonioso.)

MARIA. Duque, hagamos las paces.
(Le tiende la mano. El duque la conserva unos instantes. María baja los ojos:)

CESAR. (Nunca esta emocion sentí,
nunca al darme una mujer
la mano, la apretó así:
¿me la apretó sin querer?
qué es lo que pasa por mí?)

MARIA. (Me ha hecho daño ¡Cómo aprieta!)

CESAR. Decíamos...

MARIA. Que usté augura
en mi union...

CESAR. Dicha completa.
Habrá quien no se prometa
dichas con tal hermosura?
Si él la ama á usted...

MARIA. Qué pregunta!
CESAR. De hacería sobre motivo:
él fosco, usted cecijunta...
torpe es el que no barrunta
cierto desden respectivo.
MARIA. Y por qué?
CESAR. Porque advertí,
y por eso no creí
que fuera tal novio...
MARIA. (Recordando algo.) ¡Ah!
CESAR. Que usté estaba siempre aquí
y ese caballero allí.
Vino de comer, cogió
aquel rincon, se tomó
pausadamente el café,
me dejó hablar con usté
y al teatro se marchó.
Al ver tal desden, insisto
en dudar, y me resisto
á entender estos amores,
porque yo en mi vida he visto
novios tan poco habladores.
MARIA. Celoso tal vez... pensaba
que usted...
CESAR. Ah, sí? Podrá ser;
acaso le incomodaba...
pero si yo le estorbaba,
por qué no me lo hizo ver?
Al teatro fué?
MARIA. (¡Es afan
de añadir fuego al volcan
de mi rabia!)
CESAR. (Habla si puedes.)
MARIA. (Marcharse sin mí: ¡oh desman!)
CESAR. (Con mucha intencion.)
¿Y cómo no han ido ustedes?
MARIA. Yo no voy. (Disgustada y confundida.)
CESAR. ¿Cómo que no?
MARIA. No señor.
CESAR. Él solo...
MARIA. Sí.
CESAR. Pues cómo así?

MARIA. (Levantándose y marchándose á otro lado.)
Qué sé yo!!
CESAR. (¡Hola! Ya se exasperó!)
MARIA. (¡Qué dirá éste hombre de mí?
Me ha visto ántes desairada,
ve que no le importo nada,
nota de Luis el desvío...
que sea este amante mio
tan arisco! Estoy volada.)
CESAR. (Levantándose y yendo al lado de María, que está de pie retorciendo el pañuelo.)
Señorita, con franqueza,
dígame usted la verdad:
¿usted tiene la certeza
de que la ama con firmeza
quien rindió su voluntad?
No diga usted que yo quiero
proferir nuevos insultos,
ni que á su novio zahiero;
pero el amor y el dinero
no pueden estar ocultos.
Y es tonto el que no repara
en la luz que brilla clara,
por poca lumbre que irradie;
¡ese hombre no tiene cara
de hacer el amor á nadie!
MARIA. ¡Caballero! (Volviéndose á mirarle iracunda.)
CESAR. Si se ve!
Por Dios, María, hable usté
con franqueza...
MARIA (Desahogo involuntario.) Pues bien, yo ..
lo quiero... solo que no
sé porta bien!
CESAR. Si lo sé!
MARIA. Yo he recorrido el sendero
que en todo amor verdadero
se anda, y por el cual se llega
desde el suspiro primero
hasta la pasion más ciega.
Desde esa extraña atraccion
insensible, involuntaria,
que engendra tierna aficion,

hasta la llama incendiaria
que consume el corazon.
Mi madre me hizo notar
que un hombre tal vez me amaba;
y quién se resiste á amar?
Mi madre me lo mandaba,
yo... me dejaba llevar!
Comenzó el amor por juego
y tomó incremento luégo,
amé á Luis, y mi alma es ya
tan suya, que no podrá
nada extinguir este fuégo;
fuego que á tanto llegó
que ya no le extingue, no,
desden que en mostrar se empeña,
pues cuanto más me desdeña
tanto más le quiero yo.
Le amo con todo mi ser,
que otro amor no conocí
que el que Luis hizo nacer;
fué el primero que sentí...

CESAR. (Que lástima de mujer!)
Llora usted un grave mal;
no ser amada...

MARIA. Oh; no tal!
No es que yo de su amor dudo.

CESAR. En fin... es tosco!

MARIA. No.

CESAR. Es ruda.

MARIA. Siente bien...

CESAR. Y expresa mal!

MARIA. Me atormenta, porque sabe
que al fin yo he de transigir
con él...

CESAR. Pues eso es muy grave!
un cariño tierno, suave...

MARIA. Eso sería vivir!

CESAR. Escuchar la voz sentida
que murmura en nuestro oido,
te quiero más que á mi vida...

MARIA. ¡Oh, señor duque, usté olvida...

CESAR. Es verdad, todo lo olvido.

(María pasa al otro lado. César va lentamente á colocarse junto á ella y le dice apasionadísimo ya toda la escena.)

CESAR. ¡Qué grato es á un corazon
que lucha de amor sostiene,
oir dulce confesion
de otro corazon que viene
á pedir su absolucion!
Si es pecado amarte, de él
no he de tener nunca enmienda.

MARIA. ¡Oh, no sea usted cruel!

CESAR. Siento que usted no me entienda:
estoy hablando por él.

MARIA. (No habla él así.)

CESAR. Mil enojos
te voy á dar, alma mia;
oye y sufre mil sonrojos:
esos clarísimos ojos,
copia del naciente dia,
ni me deslumbran por bellos
ni en sus brillantes destellos
perdió el corazon la calma,
lo que yo adoro es... el alma
que se transparenta en ellos!
No á tus encantos rindió
mi alma su amoroso afan;
no amo tus encantos yo;
tus encantos pasarán,
pero tus bondades, no!
Yo aspiro, aunque no lo vi,
fragancias del alhelí
que oculto en césped no asoma;
no es el brillo, es el aroma
lo que adora el alma en tí!
Ciego fuera y te amaria,
que tu aliento aspiraria
y aspiraria en tu aliento
la esencia de un pensamiento
que la voz no expresaria.
Del tranquilo mar sereno
viendo las límpidas ondas,
pienso de ambiciones lleno

que allá en sus cárceles hóndas
y en su inexplorable seno,
guarda el mar sus esplendores,
y en sus entrañas sepultos
sus ornamentos mejores,
y á la humana sed ocultos
tesoros deslumbradores..
Y así el corazon presiente
tu bondad, por más que intente
la hermosura avasallarla,
y es forzoso adivinarla
y adorarla diosamente,
en tus facciones divinas
y en los mil calados tules
de tus crenchas purpurinas...
y en tus ojos, más azules
que las ondas cristalinas!
Deja que libe la miel
de tu esencia, y recompense
tu bondad mi pecho fiel!...

MARIA. Oh, sí! (Fascinada.)
(Transicion.) Ay, Dios... usted dispense...
creí que hablaba con él!
Suélteme usted.

CESAR. Esta sed
que el alma me abrasa...

MARIA. Oh!

CESAR. Plante usted al otro!

MARIA. Oh! no!

CESAR. Hágame usté esa merced!

MARIA. Mamá!

CESAR. ¡María!

MARIA. Mamá!
Caballero!... ay, y me besa
la mano...

CESAR. (Besándola la mano.) Pues claro está!
esta es costumbre francesa!

ESCENA XVII.

DICHOS, D. LUIS.

LUIS. ¡Oh! traicion!
CESAR. (Apartándose á un lado rápidamente.)
(¡Canastos!)
MARIA. ¡Ah!

ESCENA XVIII.

CÉSAR, MARÍA, LUIS, D. CAYETANO, DOÑA PACA.

LUIS. (¡Ah pillo!)
CESAR. (Nada, se armó!)
PACA. Qué pasa?
CAYET. Qué sucedía?
MARIA. Ay madre!
(Ocultando el rostro en el hombro de Doña Paca.)
CESAR. (Esto se acabó.)
PACA. Mas...
CAYET. Por qué llora María?
¡Habla!
CESAR. (¿Y qué le digo yo?)
LUIS. María llora tal vez
su incomprensible doblez,
sus traiciones simuladas,
porque hay horas desgraciadas
y esta es una!
CESAR. (Son las diez.)
LUIS. Porque aquí la he sorprendido...
CAYET. y PACA. ¿Cómo?
LUIS. En coloquio amoroso
con el duque!
CESAR. (Ap. rápidamente á D. Cayetano.)
(Me he corrido,
si señor, sí, no he podido
remediarlo; estoy nervioso.)
LUIS. Y es usted el que vendiendo
traidora amistad...
CESAR. (Yo voy

á saltar!)

LUIS. No lo comprendo!
Es usted!

CESAR. ¡Dale! Yo soy,
hombre, no me está usted viendo?

LUIS. Abusar del hospedaje...

CESAR. (Mira muy bien lo que dices.)

LUIS. Y hacer á tal personaje
en sus barbas tal ultraje!

CESAR. Sí señor, en sus narices!

LUIS. ¡Es usted un miserable!

CESAR. (¡Ni aún fingido lo tolero!)

CAYET. ¡Don Luis!

PACA. Dejarlo que hable.

LUIS. No esperé que un caballero...

CESAR. Es, esto es insoportable!
No sufro más insolencias,
ya no es posible que admita
tan necias impertinencias;
me gusta esta señorita
y no admito concurrencias!

LUIS. ¡Señora!

PACA. No dé usted voces.

CAYET. Don Luis!

LUIS. Me reprende usté?

CESAR. Sí señor!

PACA. Están feroces!

MARIA. Por Dios!

CESAR. ¡No me callo!

LUIS. ¿Qué?

CAYET. (Ap. á César.) Tus modales son atroces!

CESAR. Ya me está usté impacientando;
la amo, sí señor; la quiero
y la he de seguir amando,
y si es usted caballero
usté dirá dónde y cuándo!

CAYET. ¡Un duelo!

MARIA. ¡Un duelo!

PACA. (Muy contenta.) Hablarán
los periódicos!

LUIS. Ahí van
mis señas.

CAYET. Ven, hija mia!
LUIS. Ustedes comprenderán
que aquí la falta no es mia.
CAYET. Yo sé lo que debo hacer!
CESAR. ¿Á que me va usté á reñir?
Hombre, tendría que ver!
PACA. No señor!
CESAR. (Á esta mujer
no la puedo resistir!)
Y puesto que me disputan...
CAYET. Le suplico á usted que acabe...
y que aquí más no discutan.
LUIS. Saludo á usted.
CESAR. ¡*Cesar, ave!*
morituri te salutam!
PACA. ¡Ay, tambien habla en inglés!
CAYET. ¡Pero chico!
CESAR. Pero si es
que la quiero!
CAYET. Qué osadía!
MARIA. Se batirán?
CAYET. No, hija mia!
PACA. Por qué no?
CESAR. (Viéndoles marcharse.) (Qué hermosa es!)

ESCENA XIX.

CÉSAR.

Si ya lo sabía yo!
tenía que suceder:
yo mozo y ella mujer....
vino el demonio y sopló!
Pues no me detiene nada!
con botica ó sin botica
yo me caso con la chica;
y si su padre se enfada...
le desespero, le agobio;
soborno luégo á la vieja,
la chica de mí se queja,
la convenzo, mato al novio,
me la llevo de Madrid,

se descubre el gatuperio,
y armo en la villa un tiberio
que suene en Valladolid!
La facultad de farmacia
pide mi coronacion!
yo digo lo que Danton,
¡audacia, audacia y audacia!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. LEONCIO, CÉSAR.

LEONCIO. (Saliendo.) Si soy lo más zamacuco
que hay en el mundo!
CESAR. ¿Qué pasa?
LEONCIO. Ay señor duque carísimo
de mi vida y de mi alma!
CESAR. ¿Pero qué sucede?
LEONCIO. ¡Es claro!
yo no me cuido de nada
y me tienen que pasar
estas cosas!
CESAR. Mas...
LEONCIO. Mal haya
mi suerte y mi estupidez,
por vida de san...
CESAR. Caramba,
no me impaciente usted más:
qué le pasa á usted?
LEONCIO. Me pasa
una cosa horrible,
muy espantosa! muy...

CESAR. Vaya,
concluya usté de decirlo!
ya la paciencia se acaba.
LEONCIO. ¡Que me han robado el reloj!
CESAR. Pero hombre, es ya cosa extraña
que no ha de pasar momento
sin que tenga usted desgracias
que llorar.
LEONCIO. Sí señor, sí!
un reloj que se paraba
cuando me paraba yo!
CESAR. Y cómo ha sido?
LEONCIO. Por magia!
yo llevaba un capoton
y la levita abrochada!
Hablaba con un amigo
cuando ví que tropezaba
una señora y caía;
fuí corriendo á levantarla
del suelo; no está bien hecho?
CESAR. Muy bien.
LEONCIO. En esto llegaba
su esposo y agradecido
me pegó dos bofetadas
de revés.
CESAR. Pero hombre!
LEONCIO. Siempre
que hago un favor me lo pagan
de este modo; fuí á darle
la vuelta, pero un canalla
me tiró de los faldones
y me senté con tal gracia
que le aplasté á un naranjero
casi todas las naranjas.
¡Tomé un refresco á la inversa!
y en esta trascamundana
me robaron el cilindro.
Cómo vuelvo yo á mi casa!
CESAR. Le van á pegar á usted?
LEONCIO. Se han dado casos.
CESAR. ¡Caramba!
LEONCIO. Como aquella tiene un genio

tan estrapitoso!

CESAR. Vaya
hablemos ya de nosotros.
¿Ha oido usté algo? Esta casa
puede ser plácido albergue
de mis amorosas ansias?
Gusto? Agrado? Peto?

LEONCIO. Creo
que sí.

CESAR. Por qué?.

LEONCIO. Porque acaba
de decirle al principal
mi señora Doña Paco:
«El duque conviene más,
»es más fino! Qué elegancia,
qué distincion!»

CESAR. Podrá ser,
pero en cambio el otro alcanza
el amor de Mariquita.

LEONCIO. Y quién es el otro?

CESAR. Vaya
pues está usted enterado!
conque usté que está en la casa
no sabe que ese don Luis
enamora á la muchacha?

LEONCIO. Don Luis..,

CESAR. Don Luis Villarés.

LEONCIO. ¿Villarés? Ya me extrañaba
su visita... conque es ese?
si yo no sabía nada!

CESAR. Pero hombre ..

LEONCIO. Yo sólo entiendo
los negocios de la casa
comercial, pero ahora caigo.

CESAR. ¡Qué!

LEONCIO. Yo he oido campanas...
ese fué el que la otra vez
armó aquella zaragata,
y el padre se opuso!

CESAR. Vamos!

LEONCIO. Es de una familia honrada;
su padre era un caballero,

su pobre madre una santa.
yo le he visto aquí y creí
que no venía por nada.
Pues hombre precisamente
hoy mismo yo deseaba
decirle á don Cayetano
que he sabido esta mañana
toda la *historia de Luis*,
por mi mujer, que se trata
con su patrona, y hablándole
yo de que á Luis tras muy larga
ausencia vi ayer, me ha dicho
que está agobiado de trampas..
que es jugador, petardista...
que ha hecho una porcion de estafas,
que sus parientes no quieren
ni saludarle; que acaba
de engañar á un tio suyo,
un marqués... un...

CÉSAR. Basta, basta.

LEONCIO. Y ahora mismo se lo digo...
(Lo que siento es la tostada
que en broma me jugó anoche;
catorce duros de mi alma!)

CÉSAR. No diga usted nada á nadie.

LEONCIO. Bueno.

CÉSAR. Y si acaso mañana
con él tengo que batirme,
me apadrina usted.

LEONCIO. ¡Yo!

CÉSAR. Nada!
Yo no conozco en Madrid
á nadie, y me es necesaria
la amistad de usted; mi tio
y usted...

LEONCIO. Bien, si usted lo manda...
pero si yo le apadrino
á usted...

CÉSAR. Qué?

LEONCIO. Pues... que le matan!
Si una vez que fuí padrino
de un amigo de la infancia,

al disparar le salió
el tiro por la culata!

CESAR. Don Leoncio!

LEONCIO. Sí señor;
y el otro cuando tiraba
siempre me apuntaba á mí,
y á poco muero por fabla.

CESAR. Déjeme usted un momento

LEONCIO. (En fin, no pasará nada,
porque el tal Luisito es
más cobarde que una rata:
sentiré que me lo maten,
porque entónces no me paga!)

ESCENA II.

CÉSAR.

CESAR. Si atiendo sólo á cumplir
lo ofrecido á mi señor
tio, renuncio al amor,
que ya comienzo á sentir.
Y si me dejo vencer
de ese amor, soy desleal.
al pacto... esto empieza mal,
tan mal que no sé qué hacer!

ESCENA III.

CÉSAR, D. CAYETANO.

CAYET. Gracias á Dios que estás solo.

CESAR. Me alegro de verlo á usté.

CAYET. Eres muy listo, jé! jé!

CESAR. No señor, no, soy muy bolo.

CAYET Hombre, apenas la has hablado
ya has deshauciado al rival!

CESAR. Deshaucarlo yo? no tal!

CAYET. Poco ménos!

CESAR. No he logrado
más que sentir, ¡ay de mí!
lo que no sentí jamás.

CAYET. Hola, enamorado estás?
CESAR. ¡Ay tio! creo que sí.
Y ántes que su hija de usted
me saque de mis casillas,
ya ni aun de mentirijillas
más requiebros le diré.
No supo lo que ofrecía
cuando me prestó al enredo:
lo siento mucho; no puedo
mentir amor á María.
Parodio la sentenciosa
frase del gran escritor:
«una cosa es el amor
y el negocio es otra cosa.»
CAYET. Pero...
CESAR. Yo me he prometido
no querer á las mujeres...
CAYET. Á que convencerme quieres...
CESAR. Sí, de que es tiempo perdido.
En mis cálculos no entra
más que una aspiracion, una:
la fortuna.
CAYET. Y la fortuna
no se busca, que se encuentra!
CESAR. Yo he sido rico en mi infancia
y pobre en la adolescencia,
y yo sé por experiencia
lo hermosa que es la abundancia.
No me ofusca la riqueza,
pero yo no sé engañar...
y á qué mujer puedo amar
sin sumirla en la pobreza?
CAYET. Muy bien pensado, muchacho.
CESAR. Aunque el mérito le sobre
¿qué puede lograr un pobre?
¡Un pobre... es un mamarracho!
Un pobre, por más que haga,
siempre es un bolo, un nada!
el hombre vale... segun
la contribucion que paga.
Sépalo usted; una vez,
~~una sola...~~ por fortuna,

sentí un grande amor por una
amiga de la niñez.
Eramos ricos los dos,
muy amigos nuestros padres,
y al ver nuestro amor las madres
lo daban gracias á Dios.
Corría el tiempo y crecia
de nuestro amor la vehemencia;
nos separó larga ausencia
que avivó la pasion mia.
Pero un dia se arruinó
mi padre; lo averiguaron
y á mi novia le mandaron
dejarme, y obedeció!
Y yo sufrí horriblemente,
porque yo no comprendia
que si tanto me queria
pudiera ser obediente!
Ella debió serme fiel,
pues yo rendí su albedrío...
¡su corazon era mio!
¡yo solo mandaba en él!
Pero ¡ay! lo que allí pasó
bien lo sé, triste certeza!
mi desopcion, mi pobreza,
le dió miedo y me olvidó!
Llorando su desengaño
la insultó, y ella decia
que á su padre obedecia,
que aún me amaba; pero al año
muy á gusto y muy conforme,
como quien ve el cielo abierto...
dió su mano á un señor tuerto
con una barriga enorme.
Pasaba de los sesenta
y ella no tenia quince;
pero el tuerto era muy lince,
¡tenía un millon de renta!
Por poco me vuelvo loco;
pero mi rabia vencí
y no amar me prometí
mientras valiera tan poco.

Mientras no tenga fortuna
más desengaños no quiero,
aquí hay que tener dinero
y lo demas es tontuna!

CAYET. Piensas que es interesada
María?

CESAR. Pienso que usted
no me haría la merced
de perder por ella nada,
y como usted me contó
que no le gustaba verla
casada, por no tenerla
que dar lo que ella heredó
veo que tambien aquí
anda el interés por medio,
y esto no tiene remedio...
á lo ménos para mí.
Si señor, yo aquí no arraigo
no me quiero enamorar,.
que todo quiere empezar
y estoy si caigo ó no-caigo.
Usted por vil interés...

CAYET. Hijo...

CESAR. Riqueza maldita!
Una chica tan bonita!

CAYET. Je! je! Verdad que lo es!

CESAR. Si señor, muy guapa, mucho.

CAYET. ¿Te quiere ya?

CESAR. No señor;
ella sólo tiene amor
á Luis.

CAYET. Ay!

CESAR. Á ese... avechucho!
Y sépalo usted; la engaña.

CAYET. Lo sé.

CESAR. Y es un fantasmon.

CAYET. Muy rico.

CESAR. Es un pobreton
lo más tronado de España.
Pero yo lo arreglaré.

CAYET. Eso es preciso.

CESAR. Mas no!...

Qué voy á conseguir yo?
CAYET. Mucho que yo te daré.
CESAR. Renuncio.
CAYET. ¡Cá! Por de pronto,
por si algo se te ocurriera,
toma, guarda esa cartera.
CESAR. Muchas gracias.
CAYET. Anda, tonto!
CESAR. Prefiero pasar apuros.
CAYET. Te voy á dar yo más bienes...
CESAR. No, muchas gracias.
CAYET. Ahí tienes
dos mil duros.
CESAR. (Alterado.) Dos mil duros?
CAYET. Pudieras en este asunto
verte en un caso imprevisto
y necesitar...
CESAR. No he visto
nunca tanto duro junto...
CAYET. Inventa, traza y desvía
de Luis...
CESAR. Cuanto más los miro...
mañana te pego un tiro
al amante de María!
CAYET. Te batirás?
CESAR. No que no!
CAYET. Te exijo yo...
CESAR. Tío!
CAYET. Qué?
CESAR. Que nunca me exija usté
lo que no he de cumplir yo!
No me pida usted jamás
ningun repugnante alarde;
¿quedar yo como un cobarde?
Hombre, no faltaba más!

ESCENA IV.

D. CAYETANO.

Es un excelente chico;
pero el duelo hay que evitar.

Ay! si con maña logramos
á mi María curar...

ESCENA V.

D. CAYETANO, DOÑA PACA.

PACA. Cayetano, es necesario
que hablemos solos los dos.
CAYET. Vaya. ¿Pues qué pasa?
PACA. Mira,
ya sabes que he sido yo
la primera en ayudar
á María en la cuestion
de sus amores con ese...
CAYET. (Ya le llama ese? Adios
mi dinero!)
PACA. Y una madre,
qué puede querer si no
la felicidad de su hija?
Luis es noble, es *com'il faut*;
pero no es duque, y un duque
daria mucho esplendor...
CAYET. Pero quién ha de casarse,
María ó tú? de las dos
cuál es la que ha de cambiar
de novio?
PACA. Tienes razon;
pero una madre bien puede
influir...
CAYET. Ya lo sé yo!
Ay! cuántas como tú hicieron
con su insensata ambicion
la desdicha de sus hijas!
Yo he renunciado al rigor;
si á don Luis quiere María,
su mano á don Luis le doy;
si al Duque quiere, lo mismo,
y hágalos felices Dios;
pero ha de ser á su gusto
y no al tuyo: aquí estoy yo
para casarla en seguida

con quien le plazca mejor.
PACA. Esposo, eres adorable.
CAYET. ¡De veras, eh?
PACA. Mi opinion
acerca de tu rudeza
desaparece.
CAYET. ¡Mejor!
PACA. Voy creyendo que mi trato
te civiliza.
CAYET. Ay, señor!
PACA. Cuando yo tenga un condado,
que el duque me le ofreció...
CAYET. (Sí, sí, para él lo quisiera.)
PACA. Tendremos por precision
que enseñarte muchas cosas!
CAYET. ¡No me enseñes nada, no!
PACA. Vamos, que te gustaría.
CAYET. Dí, se acabó áquel arroz
que compramos hace un año?
PACA. Adios, incapaz!
CAYET. ¡Adios!

ESCENA VI.

D. CAYETANO, DOÑA PACA, LUIS.

LUIS. Muy buenos dias.
PACA. (El otro.)
LUIS. Tener quisiera el honor
de hablar con usted á solas.
CAYET. Pues...
PACA. (¡Qué mala educacion!)
LUIS. Los dos hemos de entendernos.
PACA. (¿Es decir que estorbo yo?
El duque no hubiera dicho
tal grosería, tal coz:)
LUIS. (Por si acaso el duque vence
y María vaciló,
aseguremos al padre,
que es aquí pieza mayor.)
(Doña Paca oye toda la escena de pie alejada de ellos, y adelantándose cada vez que habla.)

Señor mio, ya es urgente
que hablemos claros.

PACA. Mejor.

LUIS. Y como dicen ahora,
despejar la situacion.

CAYET. Á mí me encanta el despejo.

PACA. (Secretos? pues no me voy.)

LUIS. La mujer, y en toda regla
suele haber una excepcion,
es voluble y tornadiza...

CAYET. No lo diré á usted que no.

LUIS. Y el hombre...

PACA. (Bajando.) El hombre es más malo,
pero lo finge mejor.

CAYET. Quieres dejarnos?

LUIS. María,
que siempre me mereció
un altísimo concepto,
y me ha probado su amor...

CAYET. Harto lo sé!

LUIS. Hasta enfermar
cuando usted...

PACA. Sí, sí señor,
no hay para qué recordarlo.

CAYET. Vete, Paca!

(Doña Paca se retira y sigue oyendo.)

LUIS. Digo yo:
¿no pudiera suceder
que por una aberracion
de las que nunca está exento
el humano corazon,
María se alucinára,
y olvidada de mi amor
pusiera en otro sus ojos?

PACA. Es claro!

LUIS. Estos celos son
naturales, qué la quiero
con muy verdadero amor
Por eso mismo quisiera
contar con usted... los dos
de acuerdo, evitar que el duque,
por ejemplo...

CAYET. (¡Qué bribon!)
PACA. (Avanzando.) Casaría usted con ella
sin confianza en su amor?
CAYET. Paquita, quieres dejarnos
hablar, por amor de Dios!...
PACA. Me parece que una madre
conocerá el corazon
de su hija, y á veces una
tiene el inmenso dolor
de ver que suele perderse
de pronto aquella aficion,
porque á veces se presentan
nuevos horizontes.
CAYET. Oh!
PACA. Y una mujer no responde
de su constancia; el amor
á veces se *tambalea*,
y una niña *com'il faut* (1)
no puede mirar con ojos
distraidos...
CAYET. (Levantándose.) Pues señor,
entiéndase usted con esta
sábelo-todo, y adios!
LUIS. Oh, no.
PACA. Por qué no?
LUIS. Usted es
el jefe aquí.
PACA. Sí señor;
y yo soy la jefa!
LUIS. Es fuerza
que domine la opinion
de usted. (Á D. Cayetano.)
PACA. Este hombre me atruca
los nervios.
CAYET. Pues bien, señor,
si por uno de esos raros
caprichos del corazon,
lo que hoy es amor, mañana
fuera desvio...

(1) Pronúncielo muy mal.

LUIS. Ah, qué horror!
CAYET. Pruebas le tengo á usted dadas
de mi energía, y mejor
mandaría la concordia
que mandé la desunion.
Pero...
LUIS. (Hay pero?)
CAYET. Una gran prueba
de amistad espero.
LUIS. Oh, yo...
CAYET. Ese duelo es imposible.
LUIS. ¡Ah!
CAYET. Lo exijo así.
LUIS. (Mejor.)
Quiere usted que no me bata
despues del insulto atroz...
CAYET. (Contando tú con la dote
harás lo que quiera yo.)
Haga usté ese sacrificio,
dé usted una explicacion.
LUIS. ¿Yo?
CAYET. Yo, no ya como amigo,
si no como padre...
LUIS. ¡Oh!
pensaré...
CAYET. Vea usté al duque.
LUIS. (Pobre duque, sucumbió!
mia es la chica.)
CAYET. Usted vea...
LUIS. Yo...
CAYET. La manera mejor...
LUIS. Pero...
CAYET. Hasta luégo.

ESCENA VII.

DICHOS ménos LUIS, luégo MARIA.

PACA. Pero hombre,
tienes la contradiccion
por sistema.

CAYET. Soy formal.
PACA. Cómo formal?
CAYET. Sí señor.
No querías á don Luis?
pues trágalo!
PACA. Es que ahora no...
CAYET. Ahora gusta más el otro?
Pues ahora no quiero yo!
No hablemos mas.
PACA. Ay qué hombre
tan testarudo!
CAYET. ¡Por Dios!

ESCENA VIII.

DICHOS, MARÍA.

MARIA. No estaba aquí Luis?
PACA. (Llamándola aparte.) Escucha.
(Luis es un embaucador,
ha estado hablando lo mismo
que un hombre sin corazon.)
(Desde este momento hasta el final de la escena, mientras que D. Cayetano y Doña Paca hablan con María, se la llevan aparte cogida del brazo.)
CAYET. (Oye, á Luis he prometido
tu mano: mas me pidió
tu mano tambien el duque:
á cuál quieres de los dos?)
PACA. (Decide ántes que se batan.)
CAYET. (El duelo debe ser hoy.)
PACA. (Luis es muy feo, hija mia.)
CAYET. (Despide á Luis, sí, mi amor?)
(Si se baten, qué conflicto!)
PACA. (Yo te lo pido por Dios.)
CAYET. (Piénsalo bien.)
PACA. (Dame gusto.)
CAYET. (Decide pronto.)
PACA. (Haz favor...)
Habla.
CAYET. Responde.

MARIA. Ay! no puedo,
me rinden ustedes!
CAYET. ¿Yo?
PACA. Siempre la habrás disgustado!
CAYET. Tú tuerces su inclinacion.
PACA. ¡Yo quiero su bien!
CAYET. Mentira!
PACA. No me insultes!
CAYET. ¡Vive Dios!
LOS DOS. Esta mujer va á ser causa
Este hombre va á ser origen
de mi desesperacion.
(Se van por distintos lados.)

ESCENA IX.

MARÍA.

Esto es horrible! espantoso;
parece mi corazon
cucaña á que todos quieren
alcanzar. ¡Oh! lo mejor
es buscar al duque: hacer
que no se batan los dos;
esto importa al amor mio
y á nuestra buena opinion,
y despues ya pensaremos
con calma... Sin dilacion,
si mi madre me acompaña,
yo voy sin ningun temor
al hotel del duque, y juntas
algo podremos las dos.

ESCENA X.

LUIS, CÉSAR; vienen uno detrás del otro y disputando.

CESAR. Nada, nada!
LUIS. Escucha!
CESAR. Nada!
LUIS. Oye!

CESAR. Soy muy testarudo.
LUIS. Habla bajo!
CESAR. Y muy altivo.
LUIS. Pero escúchame.
CESAR. No escucho!
LUIS. Pero hombre, yo suponía
que todos esos insultos
que me has dicho, eran en broma.
CESAR. Broma? El caso es peliagudo.
LUIS. Conque es decir que declaras
que amas á María?
CESAR. Justo.
LUIS. ¿Que la amas?
CESAR. Sí que la amo.
LUIS. Pues mira, lo siento mucho,
pero me caso con ella.
CESAR. Cabal; si ántes no te tumbo.
LUIS. Pero de dónde demonios
has venido, y por qué cúmulo
de fatalidades quieres
disputarme aleve el triunfo?
¿que ducado es tu ducado?
qué títulos son los tuyos?
CESAR. Y tú, qué dinero tienes?
con qué sostienes tu rumbo?
LUIS. Yo heredé de un primo.
CESAR. (Primo
debía ser.)
LUIS. Un cartujo
que trajo de Filipinas
millon y medio de duros.
CESAR. Yo heredé título y rentas...
LUIS. De quién?
CESAR. De mi tio Bruno;
un demagogo tremendo,
socialista furibundo,
que luégo compró un ducado
cuando mandaron los suyos.
LUIS. Yo tengo más elementos
que tú.
CESAR. ¿Más que yo? lo dudo;
yo los tengo todos.

LUIS. Todos?...
CESAR. Todos, sin faltar ninguno.
(Aire, fuego, tierra y agua,
todos los que hay en el mundo!)
LUIS. Á mí me quiere María.
CESAR. Pues por eso te disputo
su cariño.
LUIS. Conocías
tú á María?
CESAR. Uf! hace mucho.
LUIS. En dónde la has visto?
CESAR. En dónde?
(Dónde diré?) En varios puntos.
La última vez... en los Baños
de la Puda, el mes de Junio,
y como estaba en la Puda...
la pobre hizo lo que pudo.
LUIS. ¿Qué dices?
CESAR. La dije flores
y las escuchó con gusto.
¡Si á tí te quiere por fuerza!
LUIS. Tonto!
CESAR. Lo sé de seguro.
Porque su padre lo manda; (Luis se rie.)
no te rias, mameluco!
LUIS. Pero hombre, si el padre mismo
fué quien la otra vez se opuso,
y estuvo la chica enferma...
CESAR. Si ya sé que en vano lucho
con el papá..
LUIS. Luego sabes
cuánto me protege? (¡Oh júbilo!)
CESAR. Sí, chico, sí, le haces falta.
LUIS. ¿Cómo?
CESAR. (Allá-va eso.)
LUIS. Qué escucho?
CESAR. Sábelo ya, incauto jóven,
sábelo ya, pobre iluso!
Tú eres rico...
LUIS. Sí.
CESAR. Muy rico.
LUIS. (Tengo en mi poder seis duros.)

CESAR. Muy rico.
LUIS. (Uno de ellos falso.)
CESAR. Pues bien, tu suegro futuro
no tiene un cuarto!
LUIS. ¿Qué dices?
CESAR. Está próximo á un concurso,
y sólo casando á su hija
contigo, sale de apuros.
LUIS. (Pues lo que es conmigo, sale.)
CESAR. ¡Te quiere pescar!
LUIS. Qué escucho?
Pero hombre, él tiene negocios...
CESAR. Farsa!
LUIS. Lo ve todo el mundo.
Maneja tanto dinero!...
CESAR. Ese dinero no es suyo!
LUIS. De quién es entónces?
CESAR. (Con energía y gravedad, y en voz baja.)
Mio.
LUIS. ¡Tuyo!
CESAR. ¡Todo mio!
LUIS. ¡Tuyo!
CESAR. Hoy mismo voy á prestarle
un picò de dos mil duros...
LUIS. Mira, chico, no te enfades,
mas para mí es tan absurdo
que seas duque de veras
y que tengas fondos tuyos,
y se los prestes á nadie,
que, francamente, lo dudo!
CESAR. Lo dudas? Pues echa el ojo...
Diez por cuatro...
(Enseñándole los billetes de banco que le dió Don Cayetano.)
LUIS. ¡Dos mil justos!
CESAR. La otra vez el padre estaba
en grande y vió con disgusto
tu boda; hoy te necesita,
y es claro, te quiere mucho!
Pero afortunadamente
yo soy más rico y más cuco,
y amo á la chica, y mañana

te mato, te lo aseguro.
LUIS. Pero es un duelo ridículo!
CESAR. Pero inevitable.
LUIS. Absurdo!
CESAR. Aunque no amase á María
me batiera, porque juzgo
que quien me agravia delante
de una mujer...
LUIS. (¡Yo renuncio!)
Qué harías en mi lugar?
CESAR. De qué lugar, eres?
LUIS. (Sudo.)

ESCENA XI.

DICHOS, D. LEONCIO.

LUIS. ¡Calla!
CESAR. El tenedor.
LUIS. (Si éste...)
Oye.
CESAR. (¿Qué intenta?)
LEONCIO. Hola, cuco!
No me detengas ahora,
que debo entregar al punto
al principal dos millones
en letras.
LUIS. (Qué es lo que escucho?)
LEONCIO. Este hombre tiene una suerte...
juega á la baja y al punto
baja la bolsa: hoy se gana
un capital, de seguro.
Pero no le eches el ojo. (Se va.)
LUIS. Ha querido darme un susto.
CESAR. Qué hacías?
LUIS. Nada, quería
saber si tardaba mucho
en salir don Cayetano.
CESAR. Le vas á hablar?
LUIS. Sí; es muy justo
lo que me aconsejas.

CESAR. ¿Cómo?
LUIS. La doto, y saco de apuros
al padre; despues de todo
aquí el dinero es lo último!...
CESAR. Enviame tus padrinos.
Mañana á las ocho en punto
nos matamos!
LUIS. Bueno, bueno,
yo sé lo que he de hacer.

ESCENA XII.

CÉSAR, mirándose al espejo.

Bruto,
zopenco, zafio, salvaje,
adan, qué ingenio es el tuyo?
¡Todo me sale al revés!
no tengo tino ninguno!
Qué pensará?

ESCENA XIII.

CÉSAR, D. LEONCIO.

CESAR. Don Leoncio!
qué le ha dicho á usté ese tuno?
LEONCIO. ¡Nada! yo iba muy de prisa;
me quiso hablar, mas no pudo.
CESAR. Usté sabe bien que ese hombre
no es rico? está usté seguro?
LEONCIO. No tiene un cuarto ni medio,
trampas todo, todo absurdo;
mi mujer conoce y sabe
la vida de todo el mundo.
CESAR. ¡Pues qué habrá pensado este hombre
para vencer? No calculo...)

ESCENA XIV.

CÉSAR.

¡Permita Dios que me mate!
pero... y si logro yo el triunfo?
y aunque lo logre... mi tio
no me ha de hacer bien alguno;
nada, morir es mejor!
¿Qué dejo yo en este mundo?
no tengo padre ni madre
ni puedo amar á mi gusto,
ni tengo afeccion alguna,
ni tengo amigo ninguno,
ni porvenir, ni dinero...
¿pues para qué más difunto?
¡Hago cuenta que me he muerto
el año cincuenta y uno!

ESCENA XV.

CÉSAR, MARÍA, despues D. CAYETANO y DOÑA PACA, al paño, uno por cada lado.

MARÍA. Oh, no!
CÉSAR. María.
MARÍA. Yo quiero
evitar...
CÉSAR. Usté escuchaba?
MARÍA. Duque...
CÉSAR. (Ya no me acordaba
de que era duque.)
MARÍA. Yo espero...
que calme usted ese encono,
y yo, que en mucho le estimo!...
CÉSAR. (En tratándome con mimo
se acabó, me desmoronó!)
MARÍA. Usted, aunque calavera,
es honrado, es noble, es franco...
CÉSAR. (Ó herrar ó quitar el banco.)

Pídame usted lo que quiera!
Pídame usté que me arroje
por un balcon, y me arrojo;
pídame usted á su antojo
aun lo que más me sonroje.
Pídame usted alma y vida
y albedrío y voluntad,
y sumision y humildad;
yo haré cuanto usted me pida;
pero hágame usté el favor
de no pedirme dejar
una ocasion de matar
ál que me roba su amor.
No; de ocultarlo no trato;
hombre á quien usted adora,
yo le mato, sí señora!
¡le juro á usted que le mato!

MARIA. Basta!

CESAR. Y tal rigor por qué?

MARIA. Va usted á insistir?

CESAR. ¿Le extraña?
Si yo no he venido á España
mas que á pensar en ustéd
Usté podrá hacer que llore
su desden hasta morir;
pero no podrá impedir
que la quiera, que la adore!

CAYET. (Hablan bajo.)

PACA. (La enamora.)

CESAR. El desden no es curacion,
es incentivo, es pasion
disimulada y traidora.)

CESAR. Yo he de ser eternamente
para usted siempre lo mismo,
terso como un sinapismo!

CAYET. (Farmacéutico, detente!)

CESAR. No lo dude usted; le busco
y le mato.

CAYET. (Bien pensado.)

MARIA. Duque, está usted ofuscado.

CESAR. No señora, no me ofusco.
Yo amo la lucha.

CAYET. (Por eso
le he de hacer volverse loco!)
CESAR. Y no me asusto de poco.
PACA. (Qué hombre éste! Yo me emboleso!)
MARIA. Estamos volviendo á hablar
como ayer noche..
CESAR. Mejor.
MARIA. ¿Cómo mejor? No señor.
CESAR. ¡Sí todo quiere empezar!
MARIA. Yo vengo á pedirle á usté...
CESAR Si, que con Luis no me bata.
(Cuánto le ama.) Ay! si me mata
con qué gusto moriré!
MARIA. ¡Jesús!
CESAR. Ya estoy convencido
de que él es sólo el dichoso,
y mi cariño, enojoso
para usted, tiempo perdido!
Con morir qué perderé?
si yo mi vida estimaba
era porque la guardaba
para consagrarla á usté!
MARIA. Habla usté con tal verdad...
CESAR. Oh, sí!
MARIA. Que su acento impone.
CESAR. Hablo como el que dispone
su postrera voluntad.
Porque hago resolucion
de no defenderme.
MARIA. ¿Qué?
CESAR. Matarme le dejaré.
CAYET. (Creo que no habrá ocasion.)
CESAR. Así, pues, una vez, una
nada más, aquí en secreto,
dígame usted y prometo
no revelar mi fortuna,
que ese corazon al mio
no ha escuchado indiferente,
y que he sido solamente
desdichado por tardío!
MARIA. Es verdad! (Despues de vacilar.)
CESAR, CAYET. y PACA. ¡Ah!!

CESAR. (Nos escucha);
pendiente estoy de esa boca.
MARIA. Mi voluntad es muy poca,
pero mi franqueza mucha.
Si otro amor que mi alma llena
no fuera digno de mí...
CESAR. Me amaría usted?
MARIA. Oh... sí!
CAYET. (Si es muy noble!)
PACA. (Si es muy buena!)
CESAR. Bendita sinceridad!
es usté un ángel.
MARIA. No á fe!
CESAR. ¡Un ángel!
MARIA. ¡No!
CESAR. ¡Sí! lo sé
con toda seguridad.
MARIA. Con el alma voy á hablarle.
Amo á Luis; yo le he juzgado
valiente, leal, honrado .
CESAR. (Hay que desacreditarlo.)
Y si se engañára usté?
MARIA. No tal.
CESAR. ¿Si fuera un bribon?
MARIA. ¡Duque!
CESAR. Si en su corazon
no cupiera amante fe?
si su conducta...
MARIA. Por Dios,
qué empeño de hacerme daño!
CESAR. No tardará el desengaño...
CAYET. (Quién vencerá de los dos?)
CESAR. Yo la amo á usted más.
MARIA. Lo siento
y lo agradezco á la vez.
CESAR. Yo probaré la doblez
de Luis.
MARIA. Será vano intento.
CESAR. Me deja usted que lo intente?
MARIA. No.
CESAR. Me deja usted probarle?
MARIA. ¡No!

CESAR. Me deja usté matarlo...
siquiera interinamente?
MARIA. No quiero que por mi luchen...
CESAR. Ya de la muerte me rio.
CAYETANO y PACA. ¡Bien!!
MARIA. (Es mi madre.)
CESAR. (Es mi tio.)
Déjelos usted que escuchen;
contando yo con usté,
confio en que se convenza
de su error y mi amor venza.
MARIA. No lo creo.
CESAR. Yo lo haré;
vamos á hacer el programa:
primeramente un balazo
con suerte; le rompo un brazo
y está seis meses en cama.
En ese tiempo he de ser
sombra de usted; la he de hablar
á las horas de almorzar;
á las horas de comer,
en casa, en paseo, en coche,
un dia, y una semana,
y un mes, y por la mañana,
por la tarde y por la noche.
El de escribirla se olvida
por enfermo ó por lastiado;
yo entre tanto dedicado
á darle á usted alma y vida.
Pasa el tiempo, tarda mucho
en curarse; al fin curado
sale todo entrapajado
y manco y muy delgaducho:
si no ha vencido mi eterna
pasion, el daño renuevo,
le desafio de nuevo...
MARIA. Pero...
CESAR. Y le rompo una pierna!
Otro medio año de amor,
mientras el enfermo sale,
y vuelta dale que dale
y amando á más y mejor.

Y si aun así desdeñosa
la miro á usté y á él amar,
en cuanto vuelva á curar
vuelvo á romperlo otra cosa;
y viendo usté en conclusion
al novio roto y cosido,
y en resúmen reducido
á su mínima expresion,
viéndome á la vez á mí
cada dia más amante
y más firme y más constante...
se va uste á prendar de mí!

CAYET. Bravo, señor duque, bravo!

PACA. *Tres bien!*

CESAR. ¿Han oido ustedes?

PACA. Qué dices? habla si puedes.

CAYET. Esto es un hombre!

PACA. ¡Un esclavo!

CESAR. (La esclava sería ella;
el plan es inaguantable.)

MARIA. Prefiera usted que no hable.

CESAR. Qué desdeñosa y qué bella!

MARIA. Veo que en su corazon
no hay fibra que responder
quiera á mis ruegos.

CESAR. Qué?...

PACA. Á ver...

MARIA. Tiene usted mala intencion.

PACA y CAYET. Qué!

CESAR. ¡Oh! *sincerarme quiero!*
hablo así... por aturdirmel
porque hay quien pueda exigirme
que no la ame á usted!

MARIA. ¡Ah!

CAYET. Pero...

CESAR. Pero al juzgârme usté mal,
fuerza será que quebrante
un pacto que en adelante
no he de cumplir.

CAYET. (Me es igual.)

CESAR. Duda usted de que responda
mi corazon á su ruego

cuando le devora el fuego
de pasion intensa y honda!
Yo dejaré de insistir
en este amòr desdichado,
pero aunque desventurado,
sin honra no he de partir.
Usté me pide un favor
por ver si este duelo impide.

MARIA. Si.

CESAR. Y eso no se le pide
á ningun hombre de honor!
Usted nos finge un deseo
que sentir no puede ya;
si ama usté á Luis, no querrá
que se humille; no lo creo,
porque cuando un hombre honrado
va á morir por defender
su honra, que es de la mujer
que su corazon le ha dado,
tiene la inmensa fortuna
de inmolar á sus pasiones
de una vez dos corazones,
dos existencias en una!
Déjele usted que se bata,
que si él sale victorioso,
será con usted dichoso
y yo feliz si me mata!

CAYET. Bien, chico!

MARIA. ¡Oh, sí!

PACA. ¿Y le tuteas?

CAYET. (¡Uf, es verdad!)

CESAR. Yo renuncio
á mentir más.

CAYET. ¿Qué

ESCENA XVI.

DICHOS, D. LUIS.

LUIS. Me alegro
de hallarles á ustedes juntos.

MARIA. (¡Él!)
LUIS. (Cumplamos con el padre,
y luégo yo le aseguro
que me caso y que me rio
del duque de nuevo cuño.)
PACA. (¡Qué antipático y qué feo!)
CAYET. (¿Qué traerá?)
LUIS. (Allá vá el discurso.)
Duque, yo he pensado en calma
lo sucedido y renuncio
á llevar más adelante
tan leve y fútil asunto.
Bien mirado yo le dije
á usted aquellos insultos
ciego de celos, y estuve
grosero y por demas duro.
Usted me dijo palabras
que ya no recuerdo, y juzgo
que no hay motivo bastante
para agriar más el asunto:
yo retiro toda frase
mal sonante, y ya...
MARIA. (¡Qué escucho!)
PACA. (¡Ves que *gallina*?)
LUIS. Así pues
yo espero que en lo futuro
seremos buenos amigos.
(Tendiéndole la mano.)
CESAR. Pues señor, me alegro mucho!
LUIS. Ya estás complacida. (Á María.)
MARIA. Aparta.
LUIS. (Pasando al lado de D. Cayetano.)
No he de dar yo á usté un disgusto
y mucho ménos...
CESAR. (Como si se le ocurriera algo.)
(¡Ah!) Es claro. (Con gravedad.)
Hoy... mucho ménos!
PACA y LUIS. ¿Hoy?
CESAR. Justo.
(Mirando á María, que está apartada llorando.)
(La última prueba y quememos
hasta el último cartucho.)

(Con mucha gravedad.)
Hoy mucho ménos, verdad,
señor don Luis?

LUIS. Yo...

CAYET. (Barrunto
no sé qué diablura de éste.)

CESAR. (Ap. á D. Cayetano.)
(Vamos á mentir á duo.)
(Con gravedad dramática va á cerrar todas las puertas. Asombro en todos los personajes. César, así que cierra, baja al proscenio y habla fingiendo estar muy conmovido y con el acento más cómicamente grave. Vuelve á mirar á todos lados.)

MARIA. (¡Exponer por mí su vida
le habrá parecido mucho!)

CESAR. Aquí estamos en familia!
Usté es el yerno futuro
de estos señores ..

PACA. ¿Qué?

MARIA. (Con amargura.) (¡Nunca!)

CESAR. Usted los aprecia mucho
y ellos á usted... le idolatran!
Pues bien; aquí hay un disgusto
horrible, señor don Luis!
ya sabe usted...

CAYET. Pero...

CESAR. Un mundo
de contratiempos.

PACA. Mas...

CESAR. Nada!
(Á D. Cayetano y refiriéndose á Luis.)
ya no cabe disimulo;
yo se lo he contado todo
hace muy pocos minutos.
Yo le he dicho lo que pasa;
que usted hoy engaña al mundo,
que sus negocios van mal,
que tiene usted mil apuros...

CAYET. y PACA. ¡Ah!

PACA. (Á D. Cayetano.) ¿Pero dime, es verdad?

CAYET. (Afectando gran tristeza y pausadamente.)
Sí, hija mia!

PACA. ¡Ay! qué disgusto!!
(Cayendo en una silla llorando.)
CESAR. Yo he dado cuanto tenia!
cuanto pude!
CAYET. (Imitándolo.) Cuanto pudo!
CESAR. Cuanto tengo!
CAYET. Cuanto tiene!
CESAR. Cuanto tuve!
CAYET. Cuanto tuvo!
CESAR. Pero ahora mismo he sabido
que este hombre como ninguno,
modelo de hombres, de esposos,
de padres, de *ciudadanos*,
digo ¡ciudadanos! éste...
es víctima de un verdugo
inhumano, de un colega
que exige con grandes humos
un capital que hoy no puede
devolverle, y que no es suyo.
Yo apelo al hombre que pronto
será pariente, y no dudo
que saque del compromiso...
LUIS. (Cómo?)
CESAR. Á su padre futuro!
LUIS. (Éste sabe que no tengo
ni un céntimo, estoy seguro!)
(Luis, afectando un aire de importancia, dice con acento de proteccion y despues de una pausa.)
Y qué es ello?
CESAR. (Ap. á D. Cayetano.) (Usted dirá;
arregle usté este salchucho.)
CAYET. Pues la deuda es tan enorme,
y el acreedor es tan rudo...
LUIS. Tal vez yo le convenciera.
Le conozco?
CAYET. Es hombre oscuro;
parece pobre y es rico,
parece poco y es mucho.
(Vamos á colgarle el muerto
á quien responda á mi gusto.)
PACA. Quién es?
LUIS. Quién es?

CAYET. Don Leoncio.
TODOS. ¡El tenedor!
CAYET. ¡Ese!
CESAR. Justo.
Un tenedor que tenemos
clavado en el alma!
CAYET. Un tuno,
que haciéndose el pobrecito
tiene un capital oculto.
PACA. Un hombre tan ordinario! ..
CAYET. Hija mia, así es el mundo.
CESAR. Mas yo sé quién es don Luis;
su renta es tanta, que algunos
le han calculado que tiene
veinte duros por minuto.
LUIS. (Si pescára un cuarto de hora
me iba á Pekin de seguro.)
PACA. Bien mirado, no es tan feo.
LUIS. Yo le saco á usted de apuros...
llame usté á ese hombre.
CESAR. (Pues esta
es más negra.)
PACA. ¡Ay!
CESAR. (Voy al punto.
CAYET. Prepárale. (Ap. á César.)
CESAR. ¿Y cómo?
CAYET. Pronto.
CESAR. No hay tiempo
CAYET. Á ver. (Llamando.)
CESAR. Trance duro!)
MARIA. (Su bajeza y mi desprecio
se han descubierto en un punto;
pero si á mi padre salva
yo me sacrifico á gusto.)

ESCENA XVII.

DICHOS, D. LEONCIO.

CESAR. (Ap. á D. Leoncio y con mucha rápidez.)
(Hable usté en el mismo tono

que le hablen.

LEONCIO. ¡Yo!

CESAR. Mucho pulso:
va usté á hacer un gran servicio.

LEONCIO. Pero...

CESAR. Piénselo usté mucho.)
(Hágase toda la escena con toda gravedad y pausadísimamente. D. Leoncio asustado. D. Cayetano y César fingiendo la mayor dureza.)
Va usté á quedar satisfecho.

CAYET. Va usté á tomar lo que es suyo.

CESAR. Basta ya de tiranía.

CAYET. Basta ya de disimulo.

CESAR. Diga usted la verdad toda.

CAYET. Sin ambajes.

CESAR. Sin repulgos.

CAYET. El señor don Luis responde...

CESAR. ¡Aún hay hombres en el mundo!
¡Qué es lo que á usted se le debe!

CAYET. Responda usted; sé que es mucho!

LEONCIO. (Lo mandan...) Pues... el señor
(Por Luis y con mucha gravedad.)
me debe catorce duros.

TODOS. ¡Cómo!

LUIS. ¡Miserable!!
(Queriendo abalanzarse á él.)

TODOS. ¿Es cierto?

LEONCIO. Si señor, catorce justos.
Ustedes me mandan que hable
y diga verdad, y juro
que éste no viene á esta casa
sino á darles mil disgustos;
que quiere á la señorita
para saldar sus apuros:
que á mi mujer se lo han dicho,
y esto ya lo saben muchos,
que es petardista, tramposo,
jugador de oficio, punto,
busca vidas, saca muertos,
gorrista y engaña-mundos!

CESAR. Bien, hombre, bien! (Dándole un abrazo.)

CAYET. (Dándole otro abrazo.)

Muy bien, hombre.
PACA. (Dándole otro abrazo.) Muy bien.
MARIA. ¡Muy bien! (Dándole otro abrazo.)
LUIS. (Yo me escurro.)
La culpa me tengo yo
por alternar con incultos
mercachifles!
TODOS. ¡Mercachifles!
CESAR. Don Luis...
LUIS. ¡Abur!
LEONCIO. La del humo!

ESCENA XVIII.

D. CAYETANO, DOÑA PACA, MARÍA, CÉSAR, D. LEONCIO.

CAYET. Pero, hombre...
(Mirando á César. Pausa.)
CESAR Y CAYET. ¡Já! já! já! já!
LEONCIO. Les he dado á ustedes gusto?
CESAR. Es usté un grande hombre.
LEONCIO. Gracias
que acerté una! vez ¡oh júbilo!
MARIA. ¡Ay de mí!
CESAR. ¡Llora!
CAYET. Ven, Paca.
PACA. Con que dí...
CAYET. Sacude el susto,
le puedo forrar de plata.
PACA. Qué forro de tan buen gusto!
CESAR. Allá van cuatro mil reales
y gracias.
LEONCIO. ¡Qué!
(Mirando el billete de banco que le da César.)
¡Es mucho rumbo!
Ay señor duque de mi alma,
no hay otro duque en el mundo!
CESAR. Bueno, bueno, vaya usted
á gastarlos.
LEONCIO. Esto es mucho;
le devolveré á ustel algo...

CÉSAR. ¡Hombre, no sea usté bruto!

(María ha quedado sentada, llorando, ocultando el rostro entre las manos. César, despues de algunos minutos de vacilacion va resueltamente á ella. Don Cayetano y Doña Paca están en segundo término.)

ESCENA XIX.

CÉSAR, MARÍA, D. CAYETANO, DOÑA PACA.

CÉSAR. María, si no es bastante
la prueba de que mi amor
la salva á usté, en adelante...

MARÍA. El amor y el desamor
pueden nacer de un instante.
Si mientras Luis me engañó
usted su vida exponía
por mí... ¿qué debo hacer yo
sino darle á usted la mia
por la vida que me dió?

CÉSAR. ¡María! Dios me es testigo
de que espero... que ha de ser
usted tan feliz conmigo,
que nunca... (Titubeando.) ¡pero qué digo!

MARÍA. ¿Cómo?

CÉSAR. ¡Si no puede ser!

MARÍA. ¿Qué?

CÉSAR. Si he jurado, ¡ay de mí!
engañarla á usted y así
cumplo el engaño pactado!

PACA. ¿Qué dice?

MARÍA. ¡Usted!

CÉSAR. Lo he jurado.

MARÍA. Qué infamia!

CÉSAR. Una infamia, sí!

MARÍA. ¿Y que interés puede haber
en mentir amor y dar
ocasion de padecer
gozando en que una mujer
tenga su amor que llorar?

CÉSAR. Llorar... y llorar por mí!

MARÍA. Oh sí, aparte usted...

CESAR. María!
¡Tio! ¡Tia!
PACA. Cómo tia? grosero!
CESAR. Venga usté aquí!
PACA. ¡Llamarme tia!
CESAR. Es preciso
romper este compromiso
entre nosotros formado,
que usted hacerme no quiso
ni traidor, ni desgraciado!
Usted me ha mandado hacer
el papel de seductor
y engañar á esta mujer,
y usted no puede querer
que la mate de dolor.
Yo no la pensaba amar,
pero llora de pesar
por mí, y el alma me hiere,
y á una mujer... se la quiere
sólo con verla llorar!
Reniego ya de fingir
que soy duque y millonario,
ya estoy harto de mentir
y vuelvo á ser boticario:
la verdad quiero decir,
sí señora, sí, yo soy
su sobrino, he llegado hoy
á Madrid, por mi desgracia
y soy doctor en farmacia
de un pueblo cerca de Alcoy.
La ropa con que engalano
mi persona, es humo vano,
farsa, mentira, oropel;
el chaqué es de Caracuel
y los puños de Escribano.
Miento más que la *Gaceta*,
mi tio me lo mandó;
mi ducado es una treta,
ni yo tengo una peseta
ni Cristo que lo fundó,
pero pues con mala fe

me quieren cortar las alas,
volar quiero, y volaré:
(Á María.) Señora, á buenas ó á malas
yo me caso con usté!

CAYET. ¡Á buenas! Que yo te impuse
mi veto por armar gresca
y pescarte me propuse!

MARIA. ¡Oh!

CESAR. No tema usted que abuse.
Ha hecho usté una buena pesca.

MARIA. Bendito sea el engaño
que dándome un desengaño
á tiempo, me hace dichosa!

CAYET. ¡Boticaria eres gustosa?

MARIA. Pues qué hay en ello de extraño!
Me honraré en serlo.

CESAR. Pues... padre...

CAYET. Es deuda lo prometido:
te estableces?

CESAR. Lo decido.

CAYET. Bien.

PACA. Yo boticaria—madre!
(Cae desmayada sobre una silla.)

MARIA. ¡Mamá!

CESAR. ¡Se ha desvanecido!
Yo haré mi nombre inmortal
con un jarabe especial
para rejuvenecer!

PACA. (Volviendo en sí y muy risueña.)
Hombre tendría que ver!

CESAR. (Ya no le parezco mal.)
Y allí al amor de la lumbre
sin ninguna pesadumbre
ni envidiados ni envidiosos,
mientras necios pretenciosos
se arruinan como es costumbre,
yo tu dicha he de lograr
procurando...

CAYET. Trabajar
sin grandes aspiraciones,
y exento de pretensiones.

CESAR. ¡Oh, sí!

MARIA. No lo he de olvidar!
CAYET. Y á almorzar, que el tiempo pasa
(Mira el reloj.)
y mi quehacer se retrasa.
CESAR. Oiga usted. (A Doña Paca al oido.)
PACA. Yo... si te atreves
á invitar...
(Habia al oido con los demas.)
CAYET. Por mí...
TODOS. (Cogidos de las manos y dirigiéndose al público)
Los jueves...
nos quedaremos en casa!

FIN DE LA COMEDIA.